

WONDER



El juego de Christopher

R.J. Palacio

NUBE DE TINTA

R. J. PALACIO

El juego de Christopher

Las recientes observaciones están cambiando nuestra manera de entender los sistemas planetarios, y es importante que la nomenclatura de los objetos refleje nuestra manera de entenderlos en la actualidad. Esto hay que aplicarlo, en particular, a la denominación «planetas». En su origen, la palabra «planeta» significaba «errante» y se refería a los cuerpos conocidos únicamente como luces en movimiento en el cielo. Los últimos descubrimientos nos obligan a elaborar una nueva definición, para lo que podemos servirnos de la información científica disponible en la actualidad.

UNIÓN ASTRONÓMICA INTERNACIONAL (UAI), extracto de la Resolución B5

Supongo que nadie tiene la culpa.

Vamos a despegar.

¿Volverán las cosas a ser como antes?

EUROPE, «The Final Countdown»

Es tan misterioso el país de las lágrimas...

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY,

El Principito

Presentaciones

Yo solo tenía dos días de vida la primera vez que vi a Auggie Pullman. Yo no me acuerdo, claro, pero me lo contó mi madre. Mis padres acababan de llevarme a casa del hospital y los padres de Auggie también acababan de llevarlo a casa por primera vez. Pero Auggie ya tenía tres meses. Había tenido que quedarse todo ese tiempo en el hospital porque necesitaba que lo operasen para que pudiera respirar y tragar. Respirar y tragar son cosas que la mayoría de nosotros hacemos sin pensar, porque las hacemos de manera automática. Pero Auggie, cuando nació, no las hacía de manera automática.

Mis padres me llevaron a su casa para hacer las presentaciones. Auggie estaba en el salón, conectado a un montón de aparatos médicos. Mi madre me cogió y me acercó para que lo viese de cerca.

—August Matthew Pullman —anunció—, te presento a Christopher Angus Blake, tu primer amigo.

Nuestros padres aplaudieron y brindaron por la feliz ocasión.

Mi madre y la madre de Auggie, Isabel, se habían hecho amigas antes de que nosotros nacióramos. Se conocieron en el supermercado de la avenida Amesfort al poco de que se instalaran mis padres en el barrio. Como las dos estaban a punto de dar a luz y vivían la una enfrente de la otra, mi madre e Isabel decidieron formar un grupo de madres. Un grupo de madres es cuando unas cuantas madres se reúnen y quedan para que sus hijos jueguen juntos. Al principio, en el grupo de madres había unas seis o siete madres más. Quedaron un par de veces antes de que naciera ninguno de nosotros. Pero cuando nació Auggie, solo se quedaron en el grupo otras dos madres: la de Zachary y la de Alex. No sé qué pasó con las demás.

Durante los dos primeros años, las cuatro madres del grupo —con nosotros, que éramos bebés— quedaban casi a diario. Las madres salían a correr por el parque con nosotros acomodados en los carritos, daban largos paseos por la orilla del río con nosotros embutidos en mochilas portabebés y comían en el Heights Lounge con nosotros sentados en tronas.

Las únicas ocasiones en las que Auggie y su madre no quedaban con el grupo era cuando Auggie estaba ingresado en el hospital. Tenían que hacerle un montón de operaciones, porque, igual que con lo de respirar y tragar, había otras cosas que no hacía de manera automática. Por ejemplo, no podía comer. Ni hablar. Ni siquiera

podía cerrar del todo la boca. Los médicos tuvieron que operarlo para que pudiera hacer todas esas cosas. Pero, incluso después de las operaciones, Auggie no podía comer, ni hablar, ni cerrar la boca del todo como lo hacíamos Zack, Alex y yo. Incluso después de todas aquellas operaciones, Auggie era muy distinto a nosotros.

Creo que no entendí del todo lo distinto que era Auggie hasta que tuve cuatro años. Era invierno y Auggie y yo llevábamos puestas las parkas y las bufandas mientras jugábamos en el parque. En un momento dado, subimos por la escalera hasta la rampa que había en lo alto de la estructura de juegos y nos pusimos a la cola para tirarnos por el tobogán más alto. Cuando estaba a punto de tocarnos, a la niña que teníamos delante le dio miedo tirarse por el tobogán y se dio media vuelta para dejarnos pasar. Entonces vio a Auggie. Abrió los ojos de par en par, se quedó boquiabierta y se puso a gritar y a llorar como una histérica. Estaba tan alterada que no pudo bajar siquiera por la escalera y su madre tuvo que subir por la rampa para cogerla. Entonces Auggie también se echó a llorar, porque sabía que la niña lloraba por su culpa. Se tapó la cara con la bufanda para que no lo viese nadie y su madre también tuvo que subir por la rampa para cogerlo. No me acuerdo de todos los detalles, pero recuerdo que se montó un buen jaleo. Se formó un corrillo de gente alrededor del tobogán y todos se pusieron a hablar en susurros. Recuerdo que nos dimos mucha prisa en abandonar el parque. Recuerdo también que Isabel estaba llorando mientras se llevaba a Auggie a casa.

Esa fue la primera vez que me di cuenta de lo distinto que era Auggie. Pero no fue la última. Igual que con lo de respirar y tragar, llorar es algo que casi todos los niños hacen de manera automática.

Las 7.08 h

No sé por qué me dio por pensar en Auggie nada más levantarme. Hacía tres años que nos habíamos mudado aquí y no lo había visto desde octubre, cuando celebró su fiesta de cumpleaños en la bolera. A lo mejor había soñado con él. No sé. El caso es que estaba pensando en Auggie cuando mi madre entró en mi cuarto unos minutos después de apagar el despertador.

—¿Estás despierto, cielo? —preguntó en voz baja.

Por toda respuesta, me tapé la cabeza con la almohada.

—Ya es hora de levantarse, Chris —añadió alegremente mientras descorría las cortinas.

Hasta con la cabeza debajo de la almohada y los ojos cerrados había demasiada luz en la habitación.

—¡Corre las cortinas! —protesté.

—Parece que se va a pasar todo el día lloviendo —comentó suspirando, sin correr las cortinas—. Venga, no querrás volver a llegar tarde. Además, hoy tienes que ducharte.

—Pero si me duché hace un par de días.

—¡Precisamente!

—¡Uf!

—Vamos, cielo —susurró dando un golpecito en la almohada.

—¡Vale! ¡Ya me levanto! —grité al apartarme la almohada de la cara—. ¿Ya estás contenta?

—Estás hecho un cascarrabias de buena mañana —afirmó mientras negaba con la cabeza—. ¿Qué ha sido del dulce niño que el año pasado estudiaba cuarto de primaria?

—¡Lisa! —protesté.

Mi madre no soportaba que la llamase por su nombre. Pensé que si lo hacía saldría de mi habitación, pero se puso a recoger la ropa del suelo y la metió en el cesto de la ropa sucia.

—Oye, ¿anoche pasó algo? —pregunté, aún con los ojos cerrados—. Te oí hablar por teléfono con Isabel justo cuando iba a acostarme. Era como si hubiera pasado algo malo...

Mamá se sentó en el borde de la cama mientras yo me frotaba los ojos para espabilarme.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Tan malo es? Creo que esta noche he soñado con Auggie.

—No, Auggie está bien —contestó torciendo ligeramente el gesto. Luego me apartó el pelo de los ojos—. Iba a esperar un poco para...

—¿Qué? —la interrumpí.

—Cariño, anoche murió Daisy.

—¿Cómo?

—Lo siento, cielo.

—¡Daisy!

Me tapé la cara con las manos.

—Lo siento, cariño. Ya sé lo mucho que la querías.

Darth Daisy

Recuerdo el día que el padre de Auggie llevó a Daisy a su casa por primera vez. Auggie y yo estábamos jugando al Trouble en su habitación cuando, de repente, oímos unos gritos agudos que provenían de la puerta de entrada. La que gritaba era Via, la hermana mayor de Auggie. También oímos a Isabel y a Lourdes, mi canguro, hablando animadamente. Bajamos corriendo por la escalera para ver a qué se debía tanto revuelo.

Nate, el padre de Auggie, estaba sentado en una de las sillas de la cocina y tenía en el regazo un perro de color dorado que no paraba de moverse. Via estaba arrodillada delante del perro e intentaba acariciarlo, pero el perro estaba muy nervioso y no paraba de intentar lamerle la mano, y Via la apartaba todo el rato.

—¡Un perro! —gritó Auggie, emocionado, y echó a correr hacia su padre.

Yo también eché a correr, pero Lourdes me agarró del brazo.

—Ni hablar, *papi* —me advirtió. Por aquel entonces no hacía mucho que era mi canguro, así que no la conocía demasiado bien. Recuerdo que me ponía polvos de talco en las zapatillas de deporte, algo que sigo haciendo porque me recuerda a ella.

Isabel tenía las manos apoyadas en las mejillas. Se notaba que Nate acababa de entrar por la puerta.

—No me lo puedo creer, Nate —repetía una y otra vez desde la otra punta de la cocina, donde estaba junto a Lourdes.

—¿Por qué no puedo acariciarlo? —le pregunté a Lourdes.

—Porque Nate dice que hace tres horas este perro vivía en la calle con un vagabundo —se apresuró a contestar—. Qué asco.

—No da asco. ¡Es preciosa! —exclamó Via, y besó al perro en la frente.

—En mi país, los perros no entran en casa —añadió Lourdes.

—¡Qué bonito es! —gritó Auggie.

—¡Es una hembra! —contestó Via rápidamente, dándole un codazo a su

hermano.

—¡Ten cuidado, Auggie! —exclamó Isabel—. Que no te chupe la cara.

Pero el perro ya estaba dándole lametones a Auggie por toda la cara.

—El veterinario dice que está sana, chicas —tranquilizó Nate a Isabel y a Lourdes.

—¡Nate, ha estado viviendo en la calle! —se apresuró a contestar Isabel—. A saber qué tendrá.

—El veterinario le ha puesto todas las vacunas, una loción antipulgas y ha comprobado si tenía parásitos —respondió Nate—. Esta cachorrita está sanísima.

—¡No es ninguna cachorrita, Nate! —señaló Isabel.

Era verdad: la perra no era una cachorra. No era pequeña, ni suave y rechoncha, como suelen ser los cachorros. Estaba flacucha, tenía los ojos desorbitados y una larga lengua negra que le colgaba por un lado de la boca. Tampoco era una perra pequeña: era del mismo tamaño que el perro de mi abuela, un cruce de labrador y caniche.

—Está bien —reconoció Nate—. Bueno, pues parece una cachorrita.

—¿De qué raza es? —preguntó Auggie.

—El veterinario piensa que es un cruce de labrador dorado —contestó Nate—. ¿Quizá con un chow chow?

—Más bien un pitbull —precisó Isabel—. ¿Te ha dicho al menos cuántos años tiene?

Nate se encogió de hombros.

—No lo sabía seguro. ¿Dos o tres? Normalmente se sabe por los dientes, pero esta los tiene bastante mal porque se habrá pasado la vida alimentándose de comida basura.

—Basura y ratas muertas —repuso Lourdes muy segura.

—¡Ay, Dios! —murmuró Isabel frotándose la cara con la mano.

—Le huele bastante mal el aliento —comentó Via agitando la mano ante la nariz.

—Isabel —dijo Nate mirando a su mujer—, estaba destinada a estar con nosotros.

—Espera. Entonces ¿nos la vamos a quedar? —preguntó Via muy emocionada, con los ojos abiertos como platos—. ¿Pensaba que solo íbamos a cuidarla hasta que le encontrásemos casa!

—Creo que esta debería ser su casa —respondió Nate.

—¿De verdad, papá? —preguntó Auggie.

Nate sonrió y miró a Isabel.

—Pero tiene que decidirlo mamá, chicos —añadió.

—Es una broma, ¿verdad, Nate? —exclamó Isabel.

Via y Auggie se le acercaron corriendo y empezaron a suplicarle, juntando las manos como si estuvieran rezando en la iglesia.

—¡Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor! —repitieron una y otra vez—. ¡Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor!

—¡No me puedo creer que me estés haciendo esto, Nate! —exclamó Isabel negando con la cabeza—. ¿Acaso crees que nuestras vidas no son ya suficientemente complicadas?

Nate sonrió y bajó la vista para mirar a la perra, que a su vez estaba mirándolo a él.

—¡Mírala, cielo! Estaba pasando hambre y frío. El vagabundo me ha dicho que me la vendía por diez dólares. ¿Qué iba a hacer? ¿Decirle que no?

—¡Sí! —contestó Lourdes—. No es tan difícil.

—Salvarle la vida a un perro da buen karma —repuso Nate.

—¡No lo hagas, Isabel! —saltó Lourdes—. Los perros son sucios y huelen mal. Y tienen gérmenes. ¿Y sabes quién acabará paseándola siempre y recogiendo todas las cacas? —añadió señalando a Isabel.

—¡No es verdad, mamá! —intervino Via—. Prometo pasearla todos los días.

—¡Y yo, mamá! —añadió Auggie.

—Nos ocuparemos de ella —prosiguió Via—. Le daremos de comer y lo haremos todo.

—¡Todo! —exclamó Auggie—. ¡Por favor, por favor, por favor, mamá!

—¡Por favor, por favor, por favor, mamá! —suplicó Via al mismo tiempo.

Isabel estaba masajeándose las sienes con los dedos, como si le doliese la cabeza. Al final, miró a Nate y se encogió de hombros.

—A mí me parece una locura, pero... de acuerdo, está bien.

—¿De verdad? —gritó Via, y abrazó a su madre con todas sus fuerzas—. ¡Gracias, mamá! ¡Muchas gracias! Te prometo que nos ocuparemos de ella.

—¡Gracias, mamá! —repitió Auggie abrazando a su madre.

—¡Bien! ¡Gracias, Isabel! —exclamó Nate, y cogió las patas delanteras de la perra para hacer como que esta aplaudía.

—¿Puedo acariciarla ya? Por favor —le supliqué a Lourdes; me aparté de ella antes de que pudiese retenerme de nuevo y me escabullí entre Auggie y Via.

Nate dejó a la perra en la alfombra y ella se tumbó boca arriba para que pudiésemos rascarle la barriga. Cerró los ojos como si estuviera sonriendo mientras la larga lengua negra le colgaba de un lado de la boca hasta la alfombra.

—Así es como me la he encontrado hoy —comentó Nate.

—En toda mi vida he visto una lengua tan larga —explicó Isabel, poniéndose en cuclillas a nuestro lado, pero sin acariciar todavía a la perra—. Se parece al Demonio de Tasmania.

—A mí me parece preciosa —respondió Via—. ¿Cómo se llama?

—¿Qué nombre queréis ponerle? —preguntó Nate.

—¡Creo que deberíamos llamarla Daisy! —contestó Via sin dudarlo—. Es del color de una margarita.

—Es un nombre muy bonito —convino Isabel, y empezó a acariciar a la perra—. Claro que también se parece un poco a una leona. Podríamos llamarla Elsa.

—Yo sé qué nombre podríais ponerle —anuncié dándole un codazo a Auggie—. ¡Deberíais llamarla Darth Maul!

—¡Es el nombre más ridículo del mundo para una perra! —contestó Via, muy indignada.

Pero no le hice caso.

—¿Lo pillas, Auggie? Darth... *Maul*. ¿Lo pillas? Como si la perra maullase.

—¡Ja, ja! ¡Qué gracia! ¡Darth *Maul*! —repitió Auggie.

—¡No vamos a llamarla así! —intervino Via dándose aires de superioridad.

—¡Hola, Darth Maul! —saludó Auggie a la perra, y le dio un beso en el hocico rosado—. Podemos acortárselo a Darth.

Via miró a Nate.

—¡Papá, no podemos llamarla así!

—A mí me parece un nombre gracioso —contestó Nate encogiéndose de hombros.

—¡Mamá! —dijo Via, enfadada, volviéndose hacia Isabel.

—Via tiene razón —respondió Isabel—. Creo que no deberíamos llamar «Maul» a una perra..., y menos a una con esta pinta.

—Pues la llamaremos Darth —insistió Auggie.

—Qué tontería —repuso Via.

—Ya que mamá nos deja quedarnos con la perra, creo que debería ser ella quien le ponga el nombre —contestó Nate.

—¿Podemos llamarla Daisy, mamá? —preguntó Via.

—¿Podemos llamarla Darth Maul? —añadió Auggie.

Isabel fulminó a Nate con la mirada.

—Vas a acabar conmigo, Nate.

Su marido se echó a reír.

Y así fue como acabaron llamándola Darth Daisy.

Las 7.11 h

—¿Cómo ha muerto? — le pregunté a mi madre—. ¿La ha atropellado un coche?

—No —respondió acariciándome el brazo—. Era mayor, cielo. Le había llegado la hora.

—No era tan mayor.

—Estaba enferma.

—¿Y la han sacrificado? —pregunté, indignado—. ¿Cómo han podido hacerlo?

—Cielo, tenía mucho dolor. No querían que sufriese. Isabel me dijo que murió tranquilamente en brazos de Nate.

Intenté visualizar la escena, con Daisy muriéndose en brazos de Nate. Me pregunté si Auggie también había estado allí.

—Como si esa familia no hubiese sufrido ya suficiente —añadió mi madre.

No dije nada. Me limité a parpadear y a mirar hacia arriba, a las estrellas pegadas en el techo que brillaban en la oscuridad. Algunas se estaban despegando y colgaban de una o dos puntas. Unas cuantas me habían caído encima, como gotitas de lluvia puntiagudas.

—Por cierto, no pegaste las estrellas... —espeté sin pensar.

—¿Cómo? —preguntó mi madre, que no tenía ni idea de qué le estaba hablando.

—Me dijiste que volverías a pegarlas —añadí señalando al techo—. Se me siguen cayendo encima.

Miró hacia arriba.

—Ah, es verdad —contestó asintiendo con la cabeza. Creo que no se esperaba que la conversación sobre Daisy acabase tan pronto, pero es que no me apetecía nada seguir hablando del tema.

Se puso de pie encima de la cama, cogió un sable de luz que había apoyado en la estantería e intentó volver a pegar una de las estrellas más grandes con la punta del sable.

—Hay que pegarlas con pegamento, Lisa —precisé mientras la estrella de plástico le caía sobre la cabeza.

—Ya —repuso. Se quitó la estrella del pelo y bajó de un salto de la cama—. ¿Puedes hacer el favor de no llamarme Lisa?

—Vale, Lisa.

Puso los ojos en blanco y me apuntó con el sable de luz, como si fuese a atravesarme con él.

—Ah, y gracias por despertarme con una noticia tan desagradable —añadí sarcásticamente.

—Oye, que has sido tú quien me ha preguntado —contestó mientras ponía el sable en su sitio—. Iba a esperar a esta tarde para contártelo.

—¿Por qué? Ya no soy un niño pequeño, Lisa. Claro que quería a Daisy, pero ni siquiera era mi perra. Además, ya no la veía nunca.

—Pensaba que te llevarías un disgusto —respondió.

—¡Y me lo he llevado! Pero no me voy a echar a llorar, ni nada de eso.

—Vale —dijo asintiendo mientras me miraba.

—¿Qué? —pregunté, impaciente.

—Nada —contestó—. Tienes razón, ya no eres un niño pequeño. —Se quedó mirando la estrella de plástico que aún llevaba pegada al pulgar y, sin mediar palabra, se inclinó hacia delante y me la pegó en la frente—. Deberías llamar a Auggie esta tarde.

—¿Para qué?

—¿Que para qué? —preguntó arqueando las cejas—. Para decirle que sientes mucho lo de Daisy. Para darle el pésame. Es tu mejor amigo.

— Ah, ya — mascullé mientras asentía.

— Ah, ya — repitió ella.

— Vale, Lisa. ¡Ya lo pillo!

— Estás hecho un cascarrabias — advirtió cuando ya se iba—. Tienes tres minutos para levantarte, Chris. Voy a abrir el grifo de la ducha.

— ¡Cierra la puerta cuando salgas! — grité.

— ¡Por favor! — gritó ella desde el pasillo.

— ¡Cierra la puerta cuando salgas, POR FAVOR! — protesté.

Cerró dando un portazo.

¡Qué pesada se ponía a veces!

Me despegué la estrella de la frente y me quedé mirándola. Mi madre había pegado esas estrellas en el techo cuando nos mudamos a esta casa. Al principio hizo todo lo que pudo por que me gustase nuestra nueva casa en Bridgeport. Si hasta me prometió que tendríamos un perro cuando ya nos hubiésemos instalado. Pero nunca hemos tenido un perro. Tuvimos un hámster, pero eso no cuenta como perro. Ni siquiera tiene una cuarta parte del tamaño de un perro. Un hámster es como una patata caliente con pelo. A ver..., se mueve, es mono y tal, pero que nadie se lleve a engaño: no es lo mismo que tener un perro. A mi hámster lo llamé Luke, pero nada que ver con Daisy.

¡Pobre Daisy! Me costaba creer que hubiera muerto.

Pero no quería pensar en ella.

Me puse a pensar en todas las cosas que haría por la tarde: ensayaría con el grupo después de clase, estudiaría para el examen de mates del día siguiente, empezaría la reseña del libro que tenía que entregar el viernes, jugaría al *Halo* o a lo mejor me pondría al día con *El Gran Reto*.

Lancé la estrella de plástico y vi cómo cruzaba la habitación dando vueltas hasta aterrizar donde acababa la alfombra, junto a la puerta.

Cuántas cosas que hacer. Iba a ser un día muy largo.

Pero, mientras hacía una lista mental de todas las cosas que tenía que hacer a lo largo del día, sabía que llamar a Auggie no iba a ser una de ellas.

Amistades

No recuerdo en qué momento exacto Zack y Alex dejaron de juntarse con Auggie y conmigo. Creo que fue más o menos cuando empezamos preescolar.

Antes de eso, los cuatro nos veíamos casi a diario. Nuestras madres solían llevarnos a casa de Auggie, ya que muchos días estaba enfermo y no podía salir. No es que sufriese una enfermedad contagiosa ni nada por el estilo, simplemente no podía salir de casa. Pero a nosotros nos gustaba ir. Sus padres habían convertido el sótano en un cuarto de los juguetes gigante. En realidad, aquello era más bien como una tienda de juguetes. Había juegos de mesa, trenes de juguete, hockey de mesa, futbolines y hasta una cama elástica en el jardín. Zack, Alex, Auggie y yo nos pasábamos las horas correteando de aquí para allá, luchando con sables de luz durante todo el día y haciendo carreras con pelotas saltarinas. Si hasta hacíamos guerras de globos. Apilábamos ladrillos de cartón hasta formar montañas gigantescas y hacíamos avalanchas. Nuestras madres nos llamaban los cuatro mosqueteros, ya que todo lo hacíamos juntos. Incluso cuando todas las madres menos Isabel se reincorporaron a sus puestos de trabajo, nuestras canguros siguieron reuniéndonos a diario. Nos llevaban de excursión al zoo del Bronx, o a ver los barcos piratas en el puerto de South Street, o a merendar al parque. Incluso en varias ocasiones pasamos el día entero en Coney Island.

Pero cuando empezamos preescolar, Zack y Alex comenzaron a quedar para jugar con otros niños. No iban al mismo colegio que yo, ya que vivían al otro lado del parque, así que dejamos de verlos con tanta frecuencia. Auggie y yo nos encontramos unas cuantas veces a Zack y a Alex en el parque con sus nuevos amigos e intentamos quedar con ellos en un par de ocasiones, pero, al parecer, a sus nuevos amigos no les caíamos bien. Bueno, eso no es del todo cierto. A sus nuevos amigos no les caía bien Auggie. Lo sé de buena tinta, porque me lo contó el propio Zack. Recuerdo que se lo dije a mi madre y ella me explicó que algunos niños podían «sentirse incómodos» con Auggie por culpa de su aspecto. Esa fue la expresión que utilizó: «sentirse incómodos». Pero no era la misma que habían utilizado Zack y Alex. Ellos habían empleado la palabra «asustarse».

Yo sabía que ni Zack ni Alex se sentían incómodos con Auggie, ni le tenían miedo, y por eso no entendía por qué habían dejado de quedar con nosotros. Quiero decir que yo también había hecho nuevos amigos en mi colegio, pero no había dejado de quedar con Auggie. También es verdad que nunca presenté a Auggie a mis nuevos amigos, porque, bueno, mezclar amigos resulta un poco raro incluso en el mejor de los casos. Supongo que en el fondo yo tampoco quería que nadie se

sintiese incómodo ni se asustase al verlo.

Auggie también tenía su propio grupo de amigos. Eran chavales que pertenecían a una organización para niños con «diferencias craneofaciales», que es lo que tiene Auggie. Todos los años, esos niños y sus familias van juntos a Disneylandia o a algún otro sitio por el estilo. A Auggie le encantaba ir a esos viajes. Hacía amigos de todo el país, pero, como no vivían cerca de nosotros, casi nunca quedaba con ellos.

Una vez conocí a uno de sus amigos. Era un niño llamado Hudson. Padecía un síndrome diferente al de Auggie. Tenía los ojos muy separados y algo saltones. Sus padres y él se quedaron un par de días en casa de Auggie mientras estaban en la ciudad reuniéndose con unos médicos del hospital de Auggie. Hudson tenía la misma edad que Auggie y yo. Recuerdo que flipaba con Pokémon.

El caso es que no me lo pasé mal jugando con Auggie y con él aquel día, aunque yo nunca he sido muy fan de Pokémon. Pero luego salimos a cenar todos juntos... y entonces fue cuando la cosa se puso fea. ¡Es increíble lo mucho que nos miraron! Normalmente, cuando salíamos Auggie y yo, todos lo miraban a él y ni siquiera se fijaban en mí. Ya estaba acostumbrado a eso. Pero con Hudson, no sé por qué, la cosa fue mucho peor. Primero miraban a Auggie, luego miraban a Hudson y, automáticamente, me miraban a mí preguntándose qué defecto tendría yo. Un adolescente se quedó mirándome como si estuviese intentando averiguar qué era lo que había fuera de lugar en mi cara. Fue tan desagradable que me entraron ganas de gritar. Me moría de ganas de volver a casa.

Al día siguiente, como sabía que Hudson aún estaba en casa de Auggie, le pregunté a Lourdes si al salir de clase podría ir a jugar a casa de Zack en lugar de ir a casa de Auggie. No es que me cayera mal Hudson, todo lo contrario. Pero a mí no me iba el rollo Pokémon y, sobre todo, no quería que nadie se me quedase mirando si salíamos a algún sitio.

Aquel día me lo pasé genial en casa de Zack. Alex también fue y los tres jugamos al cuatro por cuatro delante del porche. Fue como en los viejos tiempos..., de no haber sido porque Auggie no estaba. Pero fue agradable. Nadie se nos quedó mirando. Nadie se sintió incómodo. Nadie se asustó. Quedar con Zack y Alex era fácil. Entonces comprendí por qué ya nunca quedaban con nosotros. A veces, ser amigo de Auggie podía resultar difícil.

Menos mal que Auggie no me preguntó por qué no había ido ese día a su casa.

No sabéis cuánto me alegro de que no lo hiciera. No habría sabido cómo decirle que, a veces, a mí también me resultaba difícil ser su amigo.

Las 8.26 h

No sé por qué, pero me resulta casi imposible llegar a tiempo a clase. De verdad que no sé por qué. Todos los días, la misma historia. Suena la alarma y yo sigo durmiendo. Luego me despierta mi madre o mi padre. Da igual que me duche o que no me duche, que desayune a lo grande o que me coma una Pop-Tart, el caso es que antes de irnos todo es un caos, con mi madre o mi padre gritándome que me dé prisa y coja el abrigo o que me ate los cordones de los zapatos. Incluso en las contadas ocasiones en que al salir por la puerta vamos bien de tiempo, siempre se me olvida algo, así que al final nos toca volver. Unas veces se me olvida la carpeta de los deberes, otras el trombón. No sé por qué, de verdad que no lo sé. El caso es que es así. Tanto si me quedo a dormir en casa de mi madre como si me quedo en casa de mi padre, siempre llego tarde.

Ese día me di una ducha rápida, me vestí a toda prisa, engullí una Pop-Tart y conseguí salir por la puerta bien de tiempo. Hasta que recorrimos los quince minutos que se tarda en llegar en coche al cole y aparcamos no me di cuenta de que se me habían olvidado el trabajo de ciencias, los pantalones cortos para la clase de gimnasia y el trombón. Creo que batí un nuevo récord en olvidar cosas.

—Estás de broma, ¿no? —espetó mi madre cuando se lo conté, mirándome por el retrovisor.

—¡No! —contesté, y me mordí las uñas, muy nervioso—. ¿Podemos volver?

—¡Chris, ya llegas tarde! Con lo que está lloviendo, tardaremos cuarenta minutos en ir y volver. No. Ve a clase y te escribiré un justificante o lo que sea.

—¡No puedo ir sin el trabajo de ciencias! —protesté—. ¡Tengo ciencias a primera hora!

—Haberlo pensado antes de salir de casa esta mañana —repuso—. Venga, bájate o aún llegarás tarde. ¡Si hasta los autobuses escolares se van ya! —añadió señalando a los autobuses escolares, que estaban empezando a salir del aparcamiento.

—¡Lisa! —exclamé, presa del pánico.

—¿Qué, Chris? —me soltó—. ¿Qué quieres que haga? ¡No puedo teletransportarme!

—¿No puedes volver a casa y traérmelo?

Se pasó la mano por el pelo, mojado por la lluvia.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que metas las cosas en la mochila por la noche para que no se te olvide nada?

—¡Lisa!

—Está bien —cedió—. Ve a clase y yo te traeré tus cosas. Vete ya, Chris.

—¡Pero tienes que darte prisa!

—¡Vete! —Se giró y me miró como a veces me mira, con los ojos a punto de salirse de las órbitas, tanto que parece un Angry Bird—. ¡Baja del coche y ve a clase!

—¡Vale! —contesté. Salí rápidamente del coche. Había empezado a llover con más fuerza y, claro está, no llevaba paraguas.

Mi madre bajó la ventanilla del lado del conductor.

—¡Ten cuidado y camina por la acera!

—¡El trombón, el trabajo de ciencias y los pantalones cortos! —le recordé contando con los dedos.

—Mira por dónde vas. —Asintió—. ¡Esto es un aparcamiento, Chris!

—¡La señora Kastor me bajará medio punto de la nota si no entrego el trabajo al final de la clase! ¡Tienes que volver antes de que termine la clase!

—Ya lo sé, Chris —se apresuró a contestar—. Ve por la acera, cielo.

—¡Trombón, trabajo de ciencias y pantalones cortos! —repetí caminando hacia atrás en dirección a la acera.

—¡Mira por dónde vas, Chris! —gritó justo cuando una bici tuvo que virar bruscamente para no atropellarme.

—¡Perdón! —le dije al ciclista, que llevaba un bebé en el portabebés delantero de la bici. El tipo negó con la cabeza y se alejó pedaleando.

—¡Chris, tienes que mirar por dónde vas! —chilló mi madre.

—¿Quieres dejar de gritar? —grité yo.

Mi madre respiró hondo y se masajeó la frente.

—Ve. Por. La. Acera. POR FAVOR. —Esto último lo dijo apretando los dientes.

Me di media vuelta, miré a ambos lados exagerando el gesto y crucé el aparcamiento hasta llegar al camino que llevaba a la entrada del colegio. El último autobús escolar estaba saliendo del aparcamiento.

—¿Ya estás contenta? —pregunté al llegar a la acera.

La oí suspirar a cinco metros de distancia.

—Dejaré tus cosas en el mostrador de la secretaría —contestó mientras arrancaba el coche. Miró hacia atrás y salió muy despacio del aparcamiento dando marcha atrás—. Adiós, cielo. Que pases un buen...

—¡Espera! —grité, y eché a correr hacia el coche en marcha.

El coche se detuvo con un chirrido de frenos.

—¡Chris!

—Olvidaba la mochila —dije, y abrí la puerta del coche para coger la bolsa, que me había dejado en el asiento de atrás. Con el rabillo del ojo vi que mi madre sacudía la cabeza en señal de desaprobación.

Cerré la puerta, miré otra vez a ambos lados exagerando el gesto para que quedase superclaro que estaba mirando y eché a correr hacia la acera. Había empezado a llover a cántaros, así que me cubrí la cabeza con la capucha.

—¡Trombón! ¡Trabajo de ciencias! ¡Pantalones cortos! —grité sin girarme para mirarla y me puse a correr por la acera hacia la entrada del colegio.

—¡Te quiero! —la oí gritar.

—¡Adiós, Lisa!

Entré justo antes de que sonase el timbre.

Las 9.14 h

Me pasé toda la clase de ciencias mirando el reloj. Cuando faltaban unos diez minutos para que sonase el timbre, pedí permiso para ir al baño. Fui corriendo a la secretaría y le pedí a la señora Denis, la simpática viejecita del mostrador, las cosas que me había dejado mi madre.

—Lo siento, Christopher —se disculpó—. Tu madre no te ha dejado nada.

—¿Cómo?

—¿Tenía que venir a alguna hora en concreto? —preguntó mirándose el reloj—. Llevo toda la mañana aquí. Estoy segura de que no ha venido.

Debió de ver que mi cara era un poema, porque me hizo un gesto con la mano para que pasase al otro lado del mostrador y señaló el teléfono.

—¿Por qué no la llamas, querido?

La llamé al móvil y me saltó el buzón de voz.

—Hola, mamá. Soy yo y... eh... no has venido y son las... —Miré el enorme reloj de la pared—. Son las nueve y catorce. Si no apareces en los próximos diez minutos, soy hombre muerto, así que... eso. Muchas gracias, Lisa.

Y colgué.

—Seguro que llega en cualquier momento —me animó la señora Denis—. Hay mucho tráfico en la autovía por culpa de las obras. Y ahora mismo está diluviando...

—Ya —contesté mientras asentía, y volví a clase.

Al principio pensé que a lo mejor tendría suerte. La señora Kastor no mencionó el trabajo durante toda la clase. Entonces, justo cuando sonaba el timbre, nos recordó que teníamos que dejar los trabajos de ciencias sobre su mesa antes de salir.

Esperé a que todos se marchasen y me acerqué a ella, que estaba junto a la pizarra.

—Eh... Señora Kastor...

—¿Sí, Christopher?

—Sí... Eh... Lo siento, pero ¿esta mañana me he dejado el trabajo de ciencias en casa? —Ella siguió borrando la pizarra—. Mi madre me lo iba a traer al colegio, pero ¿con la lluvia, la habrá pillado algún atasco?

No sé por qué, pero cuando hablo con algún profesor y me pongo un poco nervioso, subo la entonación al final de cada frase, como si estuviese formulando una pregunta.

—Es la cuarta vez este semestre que se te olvida traer un trabajo, Christopher.

—Ya lo sé —contesté. Me encogí de hombros y sonreí—. ¡Aunque lo que no sabía era que usted también lo sabía! Ja.

Ni siquiera esbozó una sonrisa con mi intento de hacerme el gracioso.

—Quiero decir que no sabía que usted llevara la cuenta... —mascullé, pero no acabé la frase.

—Es medio punto menos, Chris.

—¿Aunque se lo traiga en la próxima hora? —pregunté, a sabiendas de que empezaba a sonar quejumbroso.

—Las normas son las normas.

—Qué injusticia —murmuré entre dientes, negando con la cabeza.

Sonó el segundo timbre y salí corriendo hacia la siguiente clase sin darle tiempo a responder.

Las 10.05 h

El señor Wren, mi profesor de música, se enfadó conmigo por haberme olvidado el trombón, tanto como la señora Kastor por haber olvidado el trabajo de ciencias. Para empezar, le había dicho al señor Wren que Katie McAnn, la primera trombonista, podía llevarse mi trombón a casa para ensayar su solo del concierto de primavera del miércoles por la noche. A Katie le estaban arreglando el trombón y el único trombón disponible, aparte del mío, estaba tan destrozado que ni siquiera podías deslizar la vara más allá de la cuarta posición. Así que el señor Wren no fue el único en enfadarse. Katie también se enfadó. Y Katie es la típica chica que bajo ninguna circunstancia deseas que se enfade contigo. Nos saca un palmo a todos y sabe asustar con la mirada a la gente con la que se enfada.

Le dije a Katie que mi madre iba a llegar de un momento a otro con mi trombón, así que al principio me libré de que me mirara mal. El señor Wren le prestó el trombón abollado para que lo tocara durante la clase y no tuviese que quedarse de brazos cruzados. Cuando a uno de nosotros se nos olvida el instrumento, el señor Wren nos hace sentarnos en silencio a un lado para ver cómo ensaya la orquesta. No nos permite leer ni hacer los deberes. Tenemos que sentarnos y escuchar cómo ensaya la orquesta. Desde luego, no es la experiencia más emocionante del mundo. Como no quedaba ningún trombón libre, tuve que quedarme sin tocar.

Durante el descanso, fui corriendo a recepción para recoger las cosas que mi madre ya debería haberme dejado, pero seguía sin aparecer.

—Seguro que habrá encontrado algún atasco —me consoló la señora Denis.

Negué con la cabeza.

—No, creo que ya sé lo que ha pasado —contesté, malhumorado.

Se me había ocurrido mientras veía ensayar a la banda.

Isabel.

¡Pues claro! Daisy acababa de morir. Algo más debía de haber pasado. Puede que algo relacionado con Auggie. Isabel habría llamado a mi madre. Y mi madre, como siempre, habría dejado lo que quiera que estuviese haciendo en ese momento para ir a echarles una mano a los Pullman.

Seguramente debía de estar en casa de los Pullman en aquel momento. Seguro

que iba de camino al colegio con mi trombón, mi trabajo de ciencias y mis pantalones cortos en el asiento de atrás del coche cuando la había llamado Isabel y, ¡zas!, mi madre se había olvidado de mí por completo. ¡Pues claro que era eso lo que había pasado! A decir verdad, no sería la primera vez.

—¿Quieres volver a llamarla? —preguntó la señora Denis amablemente, ofreciéndome el teléfono.

—No, gracias —murmuré.

Katie se me acercó cuando volví a clase de música.

—¿Y el trombón? —preguntó. Sus cejas casi se tocaban en mitad de la frente—. ¡Has dicho que tu madre te lo iba a traer!

—¿La habrá pillado un atasco? —repuse a modo de disculpa—. ¿Lo traerá cuando venga a recogerme al salir de clase? —Supongo que Katie me ponía tan nervioso como los profesores—. ¿Nos vemos después de clase, a las cinco y media?

—¿Por qué iba a querer esperar hasta las cinco y media? —preguntó, y chasqueó la lengua. Me miró igual que cuando vacié por error mi válvula de desagüe en su vaso de cartón hace unas cuantas semanas—. ¡Genial! ¡Gracias, Chris! Ahora sí que voy a pifiarla con mi solo en el concierto de primavera. ¡Y va a ser culpa tuya y de nadie más!

—¿No es culpa mía? —pregunté—. ¿Se suponía que mi madre iba a traerme mis cosas?

—Eres... imbécil —murmuró.

—Eso lo serás tú —fue mi brillante respuesta.

—Tienes orejas de soplillo —espetó a su vez. Apretó los puños y se alejó con los brazos pegados a ambos lados del cuerpo.

—¡Uf! —contesté, y puse los ojos en blanco.

Para que lo viese toda la clase, me dirigió la mirada más asesina que uno pueda imaginarse por encima de su atril. Si las miradas matasen, Katie McAnn sería una asesina en serie.

Todo aquello podría habérmelo ahorrado si mi madre no me hubiese dejado en la estacada. Estaba muy enfadado con ella. Por la noche se iba a enterar. Ya podía imaginármelo, cuando me recogiese al salir de clase y me dijese: «¡Lo siento mucho, cielo! He tenido que ir a casa de los Pullman porque necesitaban ayuda con blablablá, blablablá, blablablá». Yo le contestaría: «Blablablá, blablablá, blablablá». Y ella diría: «Vamos, cielo, ya sabes que a veces necesitan nuestra ayuda». «¡Blablablá, blablablá, blablablá!»

El espacio

Cuando Auggie cumplió cinco años, alguien le regaló un casco de astronauta. No recuerdo quién. Pero Auggie empezó a llevarlo puesto a todas horas. A todas partes. Todos los días. Sé que la gente pensaba que era porque quería taparse la cara... y puede que en parte fuese esa la razón. Pero creo que era más bien porque a Auggie le encantaba el espacio exterior. Las estrellas y los planetas. Los agujeros negros. Cualquier cosa relacionada con las misiones Apolo. Empezó a decirle a todo el mundo que de mayor sería astronauta. Al principio, yo no entendía por qué estaba tan obsesionado con el tema. Pero un fin de semana nuestras madres nos llevaron al planetario del Museo de Historia Natural, y entonces fue cuando yo también empecé a flipar con el tema. Fue el comienzo de lo que denominamos nuestra fase espacial.

Para entonces, Auggie y yo ya habíamos pasado por un montón de fases relacionadas con nuestras aficiones: animales de peluche, robots, dinosaurios, ninjas, Power Rangers (aunque me avergüence reconocerlo). Pero, hasta entonces, ninguna había sido tan duradera e intensa como nuestra fase espacial. Veíamos todos los DVD que tratasen del universo y vídeos del espacio, leíamos libros ilustrados sobre la Vía Láctea, hacíamos sistemas solares en 3-D, construíamos maquetas de cohetes. Pasábamos el tiempo jugando a que íbamos de misión al espacio profundo o que aterrizábamos en Plutón. Ese planeta se convirtió en nuestro destino favorito. Plutón era nuestro Tatooine.

Al acercarse mi sexto cumpleaños, seguíamos inmersos en nuestra fase espacial, así que mis padres decidieron celebrarlo en el planetario. Auggie y yo estábamos muy emocionados. Acababan de estrenar el nuevo espectáculo espacial y nosotros aún no lo habíamos visto. Invité a toda la clase de primero. Y a Zack y a Alex, claro. Si hasta invité a Via, pero no pudo ir porque tenía que ir a otra fiesta de cumpleaños ese mismo día.

Pero la mañana del día de mi cumpleaños Isabel llamó a mi madre y le dijo que Nate y ella tenían que llevar a Auggie al hospital. Se había despertado con mucha fiebre y tenía los párpados hinchados y cerrados. Unos días antes se había sometido a una operación «menor» para corregir una operación anterior que haría que los párpados inferiores no le colgasen tanto, pero se le había infectado algo. Auggie no podía ir a la fiesta de mi sexto cumpleaños porque tenía que ir al hospital.

¡Me fastidió un montón! Pero aún me fastidió más cuando mi madre me dijo que Isabel le había preguntado si podía dejar a Via en la otra fiesta de cumpleaños antes de ir a la mía.

Antes de consultarlo conmigo, mi madre ya había soltado: «Sí, faltaría más, cualquier cosa que podamos hacer para echaros una mano», aunque eso supusiese acabar llegando tarde a mi fiesta de cumpleaños.

—¿Y por qué no lleva Nate a Via a la otra fiesta? —le pregunté a mi madre.

—Porque Isabel y él tienen que llevar a Auggie al hospital —contestó mi madre—. No es para tanto, Chris. Llevaré a Via en taxi y luego cogeré el metro.

—¿Es que a Via no puede llevarla nadie más? ¿Por qué tienes que ser tú?

—¡Isabel no tiene tiempo para ponerse a llamar a otras madres, Chris! Si no llevamos a Via, tendrá que irse con ellos al hospital. La pobre Via siempre está perdiéndose.

—¡Mamá! —la interrumpí—. ¡Via me da igual! ¡No quiero que llegues tarde a mi fiesta de cumpleaños!

—¿Qué quieres que te diga, Chris? —contestó mi madre—. Son nuestros amigos. Isabel es mi mejor amiga, igual que Auggie es tu mejor amigo. Cuando los buenos amigos nos necesitan, hacemos todo lo posible para echarles una mano, ¿de acuerdo? No podemos ser amigos solo cuando nos conviene. ¡Por los buenos amigos vale la pena hacer un esfuerzo adicional!

Como no dije nada, me dio un beso en la mano.

—Te prometo que solo me retrasaré unos minutos —murmuré.

Pero no se retrasó solo unos minutos. Al final, llegó más de una hora tarde.

—Lo siento mucho, cielo. La línea A del metro estaba fuera de servicio... y no había taxis por ninguna parte. Lo siento mucho.

Sabía que se sentía fatal, pero yo estaba muy enfadado. Recuerdo que hasta papá estaba algo molesto.

Llegó tan tarde que incluso se perdió el espectáculo espacial.

Las 15.50 h

El resto del día acabó siendo tan horrible como las primeras horas. Tuve que quedarme sin hacer gimnasia, porque no llevaba los pantalones cortos y no tenía otros de repuesto en la taquilla. Todos los que compartían mesa con Katie McAnn se pasaron la comida dirigiéndome miradas asesinas. Ni siquiera recuerdo las otras clases. Menos mates, que fue la última clase del día. Sabía que al día siguiente teníamos un examen importante de mates, para el que no había estudiado durante el fin de semana, como tendría que haber hecho. Pero hasta que la señora Medina no empezó a repasar el temario que saldría en el examen, no me di cuenta de que tenía un problema grave. No entendía qué narices estábamos haciendo. Lo digo en serio: era como si la señora Medina se hubiese puesto a hablar de repente en un idioma que entendía toda la clase menos yo. «Blablablí y blablablá del cociente. Que si patatín que si patatán del divisor.» Cuando acabó la clase, se ofreció a quedarse con quien necesitase ayuda con la materia. «Eh... creo que yo, gracias.» Pero tenía ensayo con el grupo, así que no podía quedarme.

Al acabar la clase fui corriendo al auditorio. El grupo de rock extraescolar se reunía los lunes y los martes por la tarde. Solo hacía unos meses que me había apuntado, al empezar el segundo semestre, pero me gustaba mucho. Había estado yendo a clases de guitarra desde el verano anterior, y mi padre, que toca muy bien la guitarra, me había estado enseñando un montón de punteos guays. Cuando Papá Noel me trajo una guitarra eléctrica por Navidad, pensé que ya estaba listo para unirme al grupo de rock extraescolar. Al principio estaba un poco nervioso. Sabía que los tres chicos que ya estaban en el grupo eran muy buenos músicos, pero luego me enteré de que había un alumno de cuarto llamado John que también iba a unirse al grupo en el segundo semestre, así que no sería el único nuevo. John también tocaba la guitarra. Llevaba unas gafas como las de John Lennon.

Los otros tres chicos del grupo eran Ennio, que tocaba la batería y estaba considerado un genio, Harry a la guitarra solista y Elijah al bajo. Elijah también era el cantante y podría decirse que era el líder del grupo. Los tres iban a sexto. Llevaban en el grupo desde que estaban en cuarto, así que estaban bastante unidos.

No podía decirse que les hiciera mucha ilusión que John y yo nos uniéramos al grupo. No es que no fueran simpáticos, pero tampoco podía decirse que fueran supersimpáticos. Nos trataban como si no tuviéramos la misma categoría que ellos dentro del grupo. Estaba claro que pensaban que no tocábamos tan bien como ellos..., y, en honor a la verdad, no tocábamos tan bien como ellos, pero intentábamos mejorar por todos los medios.

—Señor B —dijo Elijah cuando todos habíamos improvisado un rato por nuestra cuenta—, hemos pensado que queremos tocar «Seven Nation Army» en el concierto de primavera del miércoles.

El señor Bowles era el profesor de la actividad extraescolar del grupo de rock. Tenía el pelo gris, que llevaba recogido en una coleta, y había sido miembro de un grupo famoso de folk rock de los ochenta que mi padre ni siquiera conocía de oídas. Pero el señor Bowles era muy simpático y siempre intentaba que los otros chicos contasen con John y conmigo. Eso, claro está, hizo que a los otros chicos les cayésemos aún peor. Y también hizo que le cogiesen mucha manía al señor Bowles. Se burlaban de cómo hablaba a veces con los ojos cerrados. Se burlaban de su coleta y de sus gustos musicales.

—¿«Seven Nation Army»? —repitió el señor Bowles, como si le impresionase la elección de aquella canción—. Es una canción increíble, Elijah.

—¿Esa también es de Europe? —preguntó John, ya que unas semanas antes todos nos habíamos puesto de acuerdo, después de mucho discutir, en tocar «The Final Countdown», de Europe, en el concierto de primavera.

Elijah soltó una risita y puso mala cara.

—Tío —contestó sin mirarnos ni a John ni a mí—, es de los White Stripes.

—No me suenan de nada —dijo John animadamente, y yo deseé que no lo hubiese hecho.

La verdad es que a mí tampoco me sonaban de nada, pero sabía que lo mejor era hacer como que los conocía..., al menos hasta que pudiese llegar a casa por la noche y bajarme la canción. A John no se le daban demasiado bien las relaciones sociales que se crean dentro de un grupo de rock. Hay que entender muy bien la dinámica de grupos. Tienes que limitarte a asentir y seguirles el rollo si quieres sentirte integrado. Claro que a John no se le daba especialmente bien eso de integrarse.

Elijah se echó a reír y se dio media vuelta para afinar el bajo.

John me miró por encima de sus gafitas redondas y me puso cara de «¿Es cosa mía o están locos?».

Me encogí de hombros por toda respuesta.

John y yo nos habíamos convertido en un grupito aparte dentro de aquel grupo. Nos juntábamos en los descansos y contábamos chistes, sobre todo porque los otros tres chicos se juntaban y contaban sus propios chistes. Todos los jueves, al salir de clase, iba a casa de John y ensayábamos juntos, o escuchábamos clásicos del rock para que pareciese que sabíamos tanto de rock como los demás. Luego proponíamos canciones para tocarlas. Hasta el momento, habíamos propuesto «Yellow Submarine» y «Eye of the Tiger», pero Elijah, Harry y Ennio las habían rechazado.

Pero no pasaba nada, porque a mí me gustaba mucho el tema que había propuesto el señor Bowles, «The Final Countdown». «It's the final countdown!»

—No sé, chicos —dijo el señor Bowles—, no creo que vaya a daros tiempo entre hoy y el miércoles para aprenderos una nueva canción. ¿Y si nos limitamos a «The Final Countdown»?

Tocó los primeros acordes de la canción en el teclado y John rápidamente se puso a mover la cabeza al compás.

Luego Elijah se puso a tocar un riff con el bajo, que resultó ser el comienzo de «Seven Nation Army». Como si alguien les hubiese hecho una señal, Harry y Ennio también se pusieron a tocar. Estaba claro que habían ensayado la canción un montón de veces. Tengo que reconocer que sonaban de maravilla.

En algún momento del segundo estribillo, el señor Bowles levantó la mano para indicarles que dejaran de tocar.

—Muy bien, chicos —dijo mientras asentía—. La tocáis increíblemente bien. Elijah, el bajo suena alucinante. Pero todos tenéis que poder tocar la canción para el concierto de primavera, ¿estamos? Estos dos chicos también tienen derecho a una oportunidad para aprenderse la canción —añadió señalándonos a John y a mí.

—¡Pero si son unos acordes facilísimos! —exclamó Elijah—. ¡Como do y sol! Si, re. Os sabéis el re, ¿no? —Nos miró como si fuéramos una especie alienígena—. ¿De verdad que no sabéis hacerlo?

—Yo sí que sé —me apresuré a contestar mientras formaba los acordes con los dedos.

—¡A mí no me gusta nada el acorde de si! —se quejó John.

—¡Si es muy fácil! —respondió Elijah.

—Pero ¿qué pasa con «The Final Countdown»? —protestó John—. ¡Llevo varias semanas ensayándola!

Se puso a tocar la parte del principio, la que el señor B acababa de tocar, pero la verdad es que no sonó igual de bien.

—¡Chaval, eso ha estado genial! —exclamó el señor B chocándole esos cinco a John.

Vi que Elijah le sonreía a Harry, que miró al suelo como intentando no reírse.

—Chicos, tenemos que ser justos —le dijo el señor B a Elijah.

—Lo que pasa es que solo podemos tocar una canción en el concierto de primavera, y queremos que sea «Seven Nation Army» —contestó Elijah—. Aprobado por mayoría.

—¡Pero eso no es lo que dijimos que íbamos a tocar! —gritó John—. No me parece justo que estuvieseis de acuerdo en tocar «The Final Countdown» y que Chris y yo hayamos pasado un montón de tiempo intentando aprendérsela.

Tengo que reconocer que John tuvo muchas agallas plantándole cara a un tío de sexto.

—Lo siento, colega —respondió Elijah toqueteando su amplificador, pero no parecía sentirlo en absoluto.

—Vamos a solucionar este tema, chicos —dijo el señor B con los ojos cerrados.

—¿Señor B? —preguntó Ennio, levantando la mano como si estuviese en clase—. Este va a ser nuestro último concierto de primavera antes de que los tres nos graduemos —añadió señalando a Harry, a Elijah y a sí mismo con la baqueta.

—¡Sí, el curso que viene iremos al instituto! —exclamó Elijah.

—Queremos tocar una canción con la que nos sintamos identificados —concluyó Ennio—. «The Final Countdown» no nos representa musicalmente.

—¡Eso no es justo! —exclamó John—. ¡Este es un grupo de rock extraescolar,

no vuestro grupo privado! ¡No podéis hacer eso!

—¡Tío, vosotros podréis tocar lo que queráis el curso que viene! —contestó Elijah. Tenía cara de estar deseando quitarle las gafas a John y tirarlas al suelo—. Por mí, como si tocáis «Puff the Magic Dragon».

Eso hizo reír a los demás.

El señor Bowles abrió por fin los ojos.

—Está bien, chicos. Basta ya —dijo levantando las manos—. Esto es lo que vamos a hacer: veamos qué tal se os da a vosotros dos aprenderos «Seven Nation Army» entre hoy y mañana —añadió señalándonos a John y a mí—. Hoy la ensayaremos un poco. También puliremos «The Final Countdown». Mañana veremos cuál de las dos canciones suena mejor. Pero seré yo quien decida qué canción tocamos, ¿de acuerdo? ¿Os parece bien?

John, entusiasmado, asintió, pero Elijah puso los ojos en blanco.

—Vamos a empezar con «The Final Countdown» —dijo el señor Bowles, y dio dos palmadas—. Desde el principio. Vamos, chicos, «The Final Countdown». Desde el principio. ¡Ennio, despierta! ¡Harry! ¡Elijah, empiezas tú! A la de cuatro. Uno, dos, tres...

Tocamos la canción. Aunque Elijah y los otros chicos no estaban por la labor, la clavaron. De hecho, creo que juntos sonamos increíblemente bien.

—¡Nos ha quedado alucinante! —exclamó John al terminar. Levantó la mano para chocarme esos cinco, y lo hice, aunque un poco a regañadientes.

—Lo que tú digas —contestó Elijah apartándose el pelo de la cara.

Nos pasamos el resto de la clase ensayando «Seven Nation Army», pero fue un completo fracaso: John no paró de cometer errores y de pedir que volviésemos a empezar.

—¡Habéis tocado de miedo! —exclamó la madre de John, que acababa de entrar en la sala de ensayo e intentaba aplaudir con el paraguas mojado en la mano.

El señor B miró su reloj.

—¡Eh! ¿Son las cinco y media? ¡Ay, madre! Chicos, esta noche tengo concierto. Tenemos que dejarlo por hoy. Vámonos. Todo al armario.

Me puse a guardar la guitarra en su estuche.

—¡Dadle caña, chicos! —nos apremió el señor B mientras guardaba los micros.

Todos nos dimos prisa y guardamos los instrumentos en el armario.

—¡Hasta mañana, señor B! —exclamó John, que fue el primero en estar listo para marcharse—. Adiós, Elijah. Adiós, Ennio. Adiós, Harry —añadió despidiéndose de ellos con la mano—. ¡Hasta mañana!

Los tres se miraron entre sí, y se despidieron de él con un gesto de cabeza.

—¡Adiós, Chris! —casi gritó John desde la puerta.

—Adiós —murmuré. Me caía bien el chaval, de verdad que sí. En su relación conmigo era un tío increíble, pero socialmente podía llegar a ser un negado. Era como ser amigo de Bob Esponja.

Cuando John y su madre se marcharon, Elijah se acercó al señor Bowles, que estaba enrollando los cables de los micros.

—Señor B —dijo muy educadamente—, por favor, ¿podemos tocar «Seven Nation Army» el miércoles por la noche?

En ese momento llegó la madre de Ennio para recogerlos a los tres.

—Ya veremos mañana, chaval —contestó el señor Bowles distraídamente, mientras guardaba lo que quedaba del equipo en el armario.

—Ya. Seguro que va a elegir «The Final Countdown» —replicó Elijah, y luego salió por la puerta.

—Adiós, chicos —les dije a Harry y a Ennio, que salieron justo después de Elijah.

—Adiós, tío —me contestaron a coro.

El señor B cerró el armario con llave y me miró, sorprendido de que aún

estuviese allí.

—¿Y tu madre?

—Se habrá retrasado.

—¿No tienes móvil?

Asentí, rebusqué en la mochila hasta que encontré el móvil y lo encendí. No había ni mensajes de texto ni llamadas perdidas de mi madre.

—¡Llámalas! —me apremió al cabo de unos minutos—. Tengo que irme, chico.

Las 17.48 h

Justo cuando iba a llamar por teléfono, mi padre tocó a la puerta de la sala donde ensayaba el grupo. Menuda sorpresa me llevé. Era la primera vez que me recogía del colegio un lunes.

—¡Papá! —exclamé.

Me sonrió y entró.

—Perdón por el retraso —se disculpó sacudiendo el paraguas.

—Este es el señor Bowles —le presenté.

—Encantado de conocerlo —se apresuró a contestar el señor B mientras salía por la puerta—. Lo siento, pero no puedo quedarme a charlar. ¡Su hijo es un buen chico! —añadió, y se fue—. ¡No te olvides de cerrar la puerta con llave cuando salgas, Chris! —gritó un segundo después desde el pasillo.

—¡Vale! —contesté lo bastante alto para que me oyese.

Luego me volví hacia mi padre.

—¿Qué haces tú aquí?

—Mamá me ha pedido que viniera a buscarte —contestó mientras cogía mi mochila.

—A ver si lo adivino —dije con ironía al ponerme la chaqueta—. Está en casa de Auggie, ¿no?

Papá puso cara de sorpresa.

—No —contestó—. No pasa nada, Chris. Ponte la capucha, está lloviendo mucho —dijo mientras salíamos por la puerta.

—Entonces ¿dónde está? ¿Por qué no me ha traído mis cosas? —pregunté, enfadado.

Mi padre me apoyó la mano en el hombro mientras caminábamos.

—No quiero preocuparte, pero mamá ha tenido un pequeño accidente de tráfico.

Tuve que pararme.

—¿Cómo?

—Está perfectamente —me tranquilizó apretándome el hombro—. No tienes de qué preocuparte, te lo prometo. —Me hizo un gesto para que siguiese andando.

—¿Y dónde está? —pregunté.

—Sigue en el hospital.

—¿En el hospital? —grité parándome de nuevo.

—Está bien, Chris. Te lo prometo —contestó, y me agarró del codo para tirar de mí—. Pero se ha roto la pierna. Lleva una buena escayola.

—¿En serio?

—Sí. —Abrió la puerta que daba a la calle y la sujetó para que yo saliese mientras abría el paraguas—. Ponte la capucha, Chris.

Me cubrí la cabeza con la capucha y echamos a correr por el aparcamiento. Estaba diluviando.

—¿La ha atropellado un coche?

—No, iba conduciendo —contestó—. Al parecer, la lluvia ha hecho que se inundase la carretera y un camión de obra se ha salido de la carretera y mamá ha dado un volantazo para no chocar con él, pero entonces ha chocado de refilón con el coche que circulaba por el carril izquierdo. A la mujer del otro coche tampoco le ha pasado nada. Mamá está bien y su pierna también se pondrá bien. Gracias a Dios, a nadie le ha pasado nada grave.

Nos detuvimos ante un coche rojo que no había visto nunca.

—¿Es nuevo? —pregunté, perplejo.

—Es de alquiler —se apresuró a contestar—. El coche de mamá ha quedado

destrozado. Vamos, sube.

Me senté en el asiento de atrás. Llevaba las zapatillas empapadas.

—¿Y tu coche?

—He ido al hospital directamente desde la parada de metro.

—Deberíamos denunciar al conductor del camión —mascullé mientras me ponía el cinturón.

—No creo que haya tenido la culpa de nada —murmuró cuando salíamos del aparcamiento.

—¿Cuándo ha sido? —pregunté.

—Esta mañana.

—¿A qué hora?

—No lo sé. ¿Sobre las nueve? Acababa de llegar al trabajo cuando me han llamado del hospital.

—Espera. ¿La persona que te ha llamado sabía que mamá y tú os estáis divorciando?

Me miró por el retrovisor.

—Chris, tu madre y yo siempre nos tendremos para ayudarnos el uno al otro, eso ya lo sabes.

—Ya —contesté encogiéndome de hombros.

Miré por la ventana. El sol ya se había puesto, pero las farolas aún no se habían encendido. La lluvia hacía que el asfalto tuviese un aspecto negro y reluciente. En los charcos de la carretera se veían los reflejos de las luces rojas y blancas de los coches.

Me imaginé a mi madre conduciendo bajo la lluvia por la mañana. ¿Habría tenido el accidente justo después de dejarme o cuando estaba volviendo al colegio con mis cosas?

—¿Por qué pensabas que había ido a casa de Auggie? —preguntó mi padre.

—No sé —contesté sin dejar de mirar por la ventana—. Porque Daisy ha muerto y pensaba que a lo mejor...

—¿Daisy ha muerto? Vaya, no lo sabía. ¿Cuándo ha sido?

—La sacrificaron anoche.

—¿Estaba enferma?

—¡Papá, no conozco los detalles!

—¡Está bien, no me pegues la bronca!

—Es que... ¡tendrías que haberme avisado antes de lo del accidente! Alguien tendría que habérmelo dicho.

Mi padre volvió a mirarme por el retrovisor.

—No hacía falta asustarte, Chris. Todo estaba controlado. De todos modos, no habrías podido hacer nada.

—¡Me he pasado la mañana esperando a que mamá volviese con mis cosas! —grité cruzándome de brazos.

—Ha sido un día de locos, Chris —repuso mi padre—. Me he pasado el día liado con partes de accidente, formularios de seguros, el alquiler del coche, yendo y viniendo del hospital.

—Podría haberte acompañado al hospital.

—Has tenido suerte —dijo tamborileando los dedos sobre el volante—. Porque es justo a donde vamos ahora.

—Espera, ¿vamos al hospital? —pregunté.

—A mamá acaban de darle el alta, así que vamos a recogerla. —Volvió a mirarme por el retrovisor, pero yo aparté la vista—. ¿A que es genial?

—Sí.

Guardamos silencio durante unos minutos. Llovía a cántaros. Papá activó los limpiaparabrisas para que fuesen más rápido. Apoyé la cabeza en la ventana.

—El día de hoy ha sido una mierda —mascullé en voz baja. Empañé el cristal de la ventanilla con el aliento y dibujé una cara triste con el dedo.

—¿Estás bien, Chris?

—Sí —murmuré—. Lo que pasa es que no me gustan los hospitales.

La visita al hospital

La primera y única vez que había estado en un hospital había sido para visitar a Auggie cuando teníamos unos seis años. A Auggie ya lo habían operado un montón de veces, pero aquella fue la primera vez que mi madre pensó que ya era lo bastante mayor para hacerle una visita.

Lo habían operado para quitarle el «ojal» del cuello. Así era como se refería él a su tubo traqueal, una cosita de plástico que llevaba metida en el cuello por debajo de la nuez. Aquel «ojal» era lo que los médicos le habían introducido a Auggie al nacer para que pudiera respirar. Los médicos se lo iban a quitar porque estaban seguros de que Auggie podría respirar solo.

Auggie estaba muy emocionado con la operación. No le gustaba nada aquel ojal. Y cuando digo que no le gustaba nada, quiero decir que no le gustaba nada de nada. No le gustaba que se notase tanto, ya que no le dejaban que se lo tapase. No le gustaba que por su culpa no pudiese bañarse en una piscina. Y, sobre todo, no le gustaba que a veces se taponase sin motivo aparente y empezase a toser como si se estuviese ahogando, como si no pudiese respirar. Entonces, Isabel o Nate tenían que introducirle un tubito por el agujero para aspirarlo y que pudiese volver a respirar. Yo lo vi un par de veces y daba mucho miedo.

Recuerdo que me hacía mucha ilusión visitar a Auggie después de la operación. El hospital estaba en el centro y mi madre me sorprendió haciendo una parada en FAO Schwarz para que pudiese elegir un buen regalo para Auggie (un juego de construcción de Lego de *Star Wars*) y un regalito para mí (un peluche de un Ewok). Después de comprar los regalos, mi madre y yo comimos en mi restaurante favorito, donde hacen los mejores perritos calientes de treinta centímetros y los mejores batidos helados de chocolate del mundo.

Después de comer fuimos al hospital.

—Chris, habrá más niños que van a operarse la cara —me explicó mi madre en voz baja mientras entrábamos por la puerta del hospital—. Como Hudson, el amigo de Auggie, ¿vale? Recuerda no quedarte mirándolos.

—¡Yo nunca haría eso! —contesté—. No me gusta nada cuando otros niños se quedan mirando a Auggie, mamá.

Al caminar por el pasillo hacia la habitación de Auggie, recuerdo que vi un

montón de globos por todas partes y pósters de princesas de Disney y de superhéroes pegados a las paredes. Aquello me pareció guay. Era como una enorme fiesta de cumpleaños.

Al pasar por delante, miré furtivamente al interior de algunas habitaciones, y entonces fue cuando entendí a qué se refería mi madre. Aquellos eran niños como Auggie. No es que se pareciesen exactamente a él, aunque un par sí que se parecían, sino que tenían otras diferencias faciales. Algunos tenían la cara llena de vendas. Fugazmente vi a una niña que tenía un bulto del tamaño de un limón en la mejilla.

Le apreté la mano a mi madre y recordé que no tenía que quedarme mirando a nadie, así que bajé la vista al suelo mientras andábamos y abracé con fuerza mi peluche de Ewok.

Cuando llegamos a la habitación de Auggie, me puse contento al ver que Isabel y Via ya estaban allí. Las dos se acercaron a la puerta al vernos y nos saludaron alegremente con un beso.

Nos llevaron a donde estaba Auggie, en la cama junto a la ventana. Al pasar por delante de la cama que había más cerca de la puerta, me dio la impresión de que Isabel estaba intentando ponerse en medio para que no viese al niño que había tumbado en ella. Miré furtivamente hacia atrás en cuanto pasamos. El niño de la cama, que tendría unos cuatro años, estaba mirándome. Debajo de la nariz, donde debía estar la parte de arriba de la boca, había un enorme agujero rojo, y dentro del agujero había algo que parecía un trozo de carne cruda. De la carne parecían asomar unos dientes, y por encima del agujero colgaban unos jirones de piel. Aparté la vista lo más rápido que pude.

Auggie estaba durmiendo. ¡Parecía diminuto en aquella cama tan grande! Tenía el cuello envuelto en gasa blanca y la gasa estaba manchada de sangre. Del brazo le salían unos cuantos tubos y uno le entraba por la nariz. Tenía la boca abierta de par en par y por ella le asomaba la lengua, que le colgaba sobre la barbilla. Estaba un poco amarillento y reseco. No era la primera vez que veía a Auggie dormido, pero nunca lo había visto dormir así.

Mi madre e Isabel se pusieron a hablar de la operación en voz baja, como hacían de costumbre cuando no querían que Auggie y yo oyésemos lo que estaban diciendo. Dijeron algo sobre unas «complicaciones» y que durante un rato había estado en «situación crítica». Mi madre abrazó a Isabel y yo dejé de escuchar.

Me quedé mirando a Auggie y deseé que cerrase la boca en sueños. Via se me acercó y se quedó a mi lado. Por aquel entonces ella tendría unos diez años.

—Has sido muy amable viniendo a ver a Auggie —comentó.

Asentí.

—¿Se va a morir? —susurré.

—No —contestó susurrando ella también.

—¿Por qué está sangrando? —pregunté.

—Es que lo han operado de ahí. Ya se curará.

Asentí de nuevo.

—¿Por qué tiene la boca abierta?

—No puede evitarlo.

—¿Qué le pasa al niño de la otra cama?

—Es de Bangladesh. Tiene el labio y el paladar hendidos. Sus padres lo han mandado aquí para que lo operen. No sabe hablar nuestro idioma.

Pensé en el enorme agujero rojo en la cara del niño y en el jirón de piel.

—¿Te encuentras bien, Chris? —preguntó Via amablemente, dándome un golpecito con el codo—. ¿Lisa? Lisa, creo que Chris no se encuentra bien...

En ese momento algo me explotó por dentro y el perrito caliente de treinta centímetros y el batido helado de chocolate salieron disparados. Me vomité encima, vomité la caja enorme de Lego que le había llevado a Auggie y vomité casi todo el suelo delante de su cama.

—¡Dios mío! —exclamó mi madre mientras buscaba servilletas de papel—. ¡Ay, cielo!

Isabel encontró una servilleta y se puso a limpiarme con ella. Mientras tanto, mi madre limpiaba el suelo a toda velocidad con un periódico.

—¡No, Lisa! No te preocupes por eso —la tranquilizó Isabel—. Via, cariño, ve a buscar a una enfermera y dile que necesitamos que venga alguien a limpiar —añadió mientras me limpiaba trocitos de salchicha de la barbilla.

Via, que parecía que también estaba a punto de vomitar, se dio media vuelta tranquilamente y echó a andar hacia la puerta. Al cabo de unos minutos, unas enfermeras entraron en la habitación con fregonas y cubos.

—¿Podemos irnos a casa, mamá? —recuerdo haber dicho con el sabor a vómito aún reciente en la boca.

—Sí, cielo —contestó mi madre, que relevó a Isabel y acabó de limpiarme.

—Lo siento mucho, Lisa —se disculpó Isabel mientras mojaba otra servilleta en el lavabo. Luego me dio unos toquitos en la cara con ella.

Empecé a sudar abundantemente. Me di media vuelta para marcharme antes incluso de que mi madre e Isabel acabasen de limpiarme. Pero entonces, sin querer, vi fugazmente al niño de la otra cama, que seguía mirándome. Al mirar el enorme agujero rojo que tenía encima de la boca me eché a llorar.

Entonces mi madre me abrazó y me llevó hasta la puerta. Cuando salimos de la habitación, prácticamente me cogió en brazos y me llevó hasta el vestíbulo que había junto a los ascensores. Tenía la cara escondida en su abrigo y estaba llorando desconsoladamente.

Isabel y Via salieron de la habitación detrás de nosotros.

—Lo siento mucho —nos dijo Isabel.

—Soy yo quien lo siente —contestó mi madre. Las dos se pusieron a farfullar disculpas al mismo tiempo—. Por favor, dile a Auggie que sentimos mucho no poder quedarnos.

—Por supuesto —dijo Isabel. Se arrodilló delante de mí y se puso a limpiarme las lágrimas—. ¿Te encuentras bien, cielo? Lo siento mucho. Sé que cuesta procesar tantas cosas de golpe.

Negué con la cabeza.

—No es por Auggie —intenté decir.

De pronto se le humedecieron los ojos.

—Lo sé —susurró, y me rodeó la cara con las dos manos, como si la estuviera acunando—. Auggie tiene suerte de contar con un amigo como tú.

Entonces llegó el ascensor, Isabel nos abrazó a mamá y a mí, y entramos.

Vi a Via saludándome mientras se cerraban las puertas. Aunque entonces solo tenía seis años, recuerdo haber sentido lástima por ella por no poder marcharse de allí con nosotros.

En cuanto salimos, mi madre hizo que me sentase en un banco y me abrazó durante un buen rato. No dijo nada; se limitó a besarme en la coronilla una y otra vez.

Cuando por fin me calmé, le di el Ewok.

—¿Puedes volver para dárselo? —pregunté.

—Ay, cielo —contestó—. Eres muy amable, pero Isabel puede limpiar la caja de Lego. Cuando se la dé a Auggie, estará como nueva. No te preocupes.

—No, es para el otro niño —repuse.

Durante un segundo me miró como si no supiese qué decir.

—Via dice que no habla nuestro idioma —añadí—. Debe de darle mucho miedo estar en el hospital.

—Sí —susurró asintiendo muy despacio con la cabeza—. Supongo que sí.

Cerró los ojos y me abrazó de nuevo. Luego me llevó al mostrador, donde esperé a que volviese a subir en ascensor y que al cabo de unos cinco minutos bajase de nuevo.

—¿Le ha gustado —pregunté.

—Cielo —respondió en voz baja apartándome el pelo de los ojos—, le has alegrado el día.

Las 19.04 h

Cuando llegamos a la habitación de mamá en el hospital, nos la encontramos sentada en una silla de ruedas viendo la tele. Llevaba una escayola enorme desde el muslo hasta el tobillo.

—¡Este es mi chico! —exclamó muy contenta nada más verme. Abrió los brazos y yo fui hasta ella y la abracé.

Me alivió comprobar que mi padre me había contado la verdad: salvo la escayola y un par de arañazos en la cara, mi madre se encontraba perfectamente. Ya estaba vestida y lista para marcharse.

—¿Cómo te encuentras, Lisa? —preguntó mi padre. Se inclinó hacia delante y la besó en la mejilla.

—Mucho mejor —contestó ella apagando la televisión, y nos dedicó una sonrisa—. Lista para volver a casa.

—Te hemos traído esto —susurré, y le di el jarrón con flores que habíamos comprado en la tienda de regalos de la planta baja.

—¡Gracias, cariño! —exclamó, y me dio un beso—. ¡Son preciosas!

Me quedé mirando la escayola.

—¿Duele? —pregunté.

—No mucho —se apresuró a contestar.

—Mamá es muy valiente —dijo mi padre.

—Muy afortunada es lo que soy —respondió mi madre dándose un golpe con los nudillos en la cabeza.

—Todos hemos tenido mucha suerte —añadió mi padre en voz baja. Volvió a inclinarse hacia delante y le apretó la mano a mamá.

Durante unos segundos, todos guardamos silencio absoluto.

—¿Tienes que firmar los papeles del alta? —preguntó mi padre.

—Ya los he firmado —contestó ella—. Ya puedo irme a casa.

Mi padre se puso detrás de la silla de ruedas.

—Espera. ¿Puedo empujarla yo? —le pregunté a mi padre, agarrando una de las empuñaduras.

—Pero antes deja que la saque por la puerta —contestó mi padre—. Es un poco difícil hacerla maniobrar con la pierna en ese estado.

—¿Cómo te ha ido el día, Chris? —preguntó mi madre mientras la empujábamos por el pasillo.

Pensé en el día tan horrible que había tenido. Todo, desde el principio hasta el final. Ciencias, música, mates, el grupo de música... El peor día de la historia.

—Bien —contesté.

—¿Qué tal el ensayo con el grupo? ¿Elijah está más simpático? —preguntó.

—Bien. No se ha portado mal —respondí encogiéndome de hombros.

—Siento mucho no haber podido llevarte tus cosas —se disculpó mientras me acariciaba el brazo—. ¡Seguro que habrás estado preguntándote todo el santo día qué me había pasado!

—Pensaba que estarías haciendo recados —contesté.

—Pensaba que estabas en casa de Isabel —dijo mi padre entre risas.

—¡No es verdad! —repliqué.

Habíamos llegado al mostrador de las enfermeras y mi madre se estaba despidiendo de ellas, así que no oyo lo que mi padre había dicho.

—¿No me has preguntado antes si mamá había ido a...? —me dijo mi padre, perplejo.

—Da igual... —le interrumpí, y me volví hacia mi madre—. El ensayo ha ido bien. Vamos a tocar «Seven Nation Army» en el concierto de primavera del miércoles. ¿Podrás ir?

—¡Claro que sí! —contestó—. Pensaba que ibais a tocar «The Final Countdown».

—«Seven Nation Army» es una canción estupenda —intervino mi padre, y se puso a tararear la línea de bajo y a tocar una guitarra imaginaria mientras esperábamos el ascensor.

Mi madre le sonrió.

—Recuerdo que esa la tocabas en el Parlor.

—¿Qué es el Parlor? —pregunté.

—El pub que había en la calle de nuestra residencia de estudiantes —contestó mi madre.

—Antes de que tú nacieras, amiguito —añadió mi padre.

Las puertas del ascensor se abrieron y entramos los tres.

—Estoy muerto de hambre —dije.

—¿Aún no habéis comido? —preguntó mi madre mirando a mi padre.

—Hemos venido directos desde el colegio —contestó—. ¿Cuándo querías que parásemos a comer?

—¿Podemos parar en un McDonald's de camino a casa? —pregunté.

—Me parece bien —respondió mi padre.

Llegamos al vestíbulo y en ese momento las puertas del ascensor se abrieron.

—¿Puedo empujar ya la silla? —pregunté.

—Sí —contestó él—. Vosotros esperadme allí, ¿vale? —Señaló hacia la salida que había más lejos, a la izquierda—. Voy a acercar el coche hasta la puerta.

Salió corriendo por la puerta principal hacia el aparcamiento mientras yo empujaba la silla hasta donde él me había indicado.

—No me puedo creer que siga lloviendo —comentó mi madre mirando por

las ventanas del vestíbulo.

—¡Seguro que con este trasto se pueden hacer caballitos! —dije.

—¡Eh! ¡Eh, no! —chilló mamá, y se agarró con fuerza a los lados de la silla cuando la incliné hacia atrás—. ¡Chris! ¡Bastantes emociones he tenido ya por hoy!

Apoyé la silla en el suelo.

—Perdona, mamá —me disculpé, y le di unas palmaditas en la cabeza.

Ella se frotó los ojos con las manos.

—No, perdóname tú a mí. La verdad es que ha sido un día muy largo.

—¿Sabías que en Plutón un día dura 153,3 horas? —pregunté.

—No, no lo sabía.

Nos quedamos unos minutos en silencio.

—Por cierto, ¿has llamado a Auggie? —me preguntó de repente.

—Mamá —protesté, negando con la cabeza.

—¿Qué? —Intentó darse la vuelta en la silla de ruedas para mirarme—. No lo entiendo, Chris. ¿Es que Auggie y tú habéis discutido?

—¡No! Es que ahora mismo tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Chris... —Dejó escapar un suspiro, pero parecía demasiado cansada para decir nada al respecto.

Me puse a tararear la línea de bajo de «Seven Nation Army».

Al cabo de unos minutos, el coche rojo aparcó delante de la puerta y papá salió corriendo de él con un paraguas abierto. Yo salí por la puerta principal empujando la silla de mi madre. Papá le dio el paraguas para que lo llevase ella y luego la empujó por la rampa hasta llegar al lado del copiloto. El viento estaba arremojando, y una fuerte ráfaga hizo que el paraguas que sostenía mi madre se diese la vuelta.

—¡Entra, Chris! —gritó mi padre, y luego levantó a mamá por las axilas para sentarla el asiento del acompañante.

—No está nada mal que se ocupen así de ti —bromeó mi madre, pero se notaba que le dolía.

—¿Compensa romperse el fémur? —preguntó mi padre con tono de broma, entre jadeos.

—¿Qué es un fémur? —pregunté al sentarme en el asiento de atrás.

—El hueso del muslo —contestó mi padre, empapado, mientras intentaba ayudar a mi madre a encontrar el cinturón de seguridad.

—Tiene nombre de animal —advertí—. Leones, tigres y fémures.

Mamá intentó reírse, pero estaba sudando.

Mi padre se dirigió corriendo a la parte posterior del coche y se pasó unos minutos intentando averiguar cómo tenía que plegar la silla de ruedas para que cupiese. Luego volvió al asiento del conductor, se sentó y cerró la puerta. Todos nos quedamos sentados en silencio mientras el viento y la lluvia aullaban del otro lado de las ventanillas. Mi padre arrancó el coche. Los tres estábamos empapados.

—Mamá —dije cuando ya llevábamos unos minutos en marcha—, esta mañana, cuando has tenido el accidente, ¿ibas de camino a casa después de dejarme o ibas de vuelta al colegio con mis cosas?

Mi madre tardó unos segundos en responder.

—La verdad es que no lo recuerdo con claridad, cielo —contestó, y echó el brazo hacia atrás para que pudiese darle la mano. Se la cogí y se la apreté.

—Chris —susurró mi padre—, mamá está bastante cansada. Creo que ahora mismo no le apetece ponerse a pensar.

—Solo quiero saberlo.

—Chris, ahora no —contestó mi padre, y me miró con desaprobación por el retrovisor—. Lo único que importa es que todo ha salido bien y que mamá está sana y salva, ¿de acuerdo? Tenemos que dar gracias por ello. Podría haber sido mucho

peor.

Tardé unos segundos en comprender a qué se refería. Y entonces sentí un escalofrío.

FaceChat

Durante el primer año después de mudarnos a Bridgeport, nuestros padres intentaron por todos los medios que Auggie y yo nos juntásemos como mínimo un par de veces al mes, ya fuese en nuestra casa o en la de Auggie. Me quedé a dormir un par de noches en casa de Auggie y Auggie intentó quedarse a dormir una noche en mi casa, aunque no salió bien. El trayecto en coche entre Bridgeport y North River Heights es bastante largo y, al final, acabamos quedando solo cada dos meses o así. Por aquel entonces empezamos a hablar mucho por FaceChat. Cuando estábamos en tercero, Auggie y yo hablábamos prácticamente a diario. Antes de la mudanza habíamos decidido dejarnos crecer unas trenzas de Padawan, así que era una buena manera de ir comprobando cuánto nos crecían. A veces ni siquiera hablábamos: nos limitábamos a dejar las pantallas abiertas mientras veíamos algo en la tele o hacíamos el mismo juego de construcción de Lego al mismo tiempo. A veces nos contábamos acertijos, como, por ejemplo: «¿Qué tiene un pie, pero ninguna pata?», o «¿Qué es lo que un pobre tiene, un rico necesita y tú te morirías si te lo comieses?». Podíamos pasarnos horas y horas con cosas de ese tipo.

En cuarto empezamos a chatear cada vez menos. No es que lo hiciésemos a propósito. Simplemente yo empecé a tener más cosas que hacer en el colegio. Además de tener más deberes, hacía un montón de actividades extraescolares. Fútbol un par de veces a la semana, clases de tenis, robótica en primavera. Nunca estaba disponible cuando Auggie me enviaba una petición para hablar por FaceChat, así que al final decidimos programar nuestras charlas los miércoles y los sábados justo antes de cenar.

Así la cosa fue bien, aunque al final acabó siendo solo los miércoles por la noche, porque los sábados yo tenía demasiadas cosas. Hacia el final de cuarto le conté a Auggie que me había cortado la trenza de Padawan. No dijo nada, pero creo que se ofendió.

Ese año Auggie también empezó a ir al colegio.

Me resultaba casi imposible imaginarme a Auggie en el colegio, o lo que supondría este para él. O sea, si ser el nuevo de la clase ya es bastante difícil de por sí, no quería ni imaginármelo si encima eres el nuevo y tienes la cara de Auggie... Era de locos. Por si fuera poco, no solo iba a ir a clase por primera vez, ¡iba a entrar en el instituto! ¡En su centro, los de quinto se pasean por los mismos pasillos que los de noveno! ¡Una locura total! Si una cosa hay que reconocerle a Auggie es su valor.

En septiembre solo hablé con Auggie por FaceChat unos días después de empezar el curso, pero me dio la impresión de que no quería hablar del tema. También me di cuenta de que se había cortado la trenza de Padawan, pero no le pregunté por qué. Supuse que lo había hecho por la misma razón que yo me había cortado la mía. O sea, para que la gente no pensase: «¡Friki a la vista!».

Sentía curiosidad por ir a la fiesta de cumpleaños de Auggie en la bolera unas semanas antes de Halloween. Conocí a sus nuevos amigos, que parecían bastante majos. Había un chaval llamado Jack Will que era muy gracioso. Luego debió de pasar algo entre Jack y Auggie, porque cuando hablé con él por FaceChat después de Halloween Auggie me dijo que ya no eran amigos.

La última vez que chateé con Auggie fue justo después de las vacaciones de Navidad. Mis amigos Jake y Tyler estaban en casa y estábamos jugando al *Age of War II* en mi portátil cuando apareció en la pantalla la petición de Auggie para hablar por FaceChat.

—Chicos —dije girando el portátil hacia mí—, tengo que contestar.

—¿Podemos jugar en tu Xbox? —preguntó Jake.

—Claro —contesté, y les indiqué dónde podían encontrar los otros mandos. Luego les di la espalda, porque no quería que vieses la cara de Auggie. Le di a «aceptar» en el portátil y, unos segundos después, la cara de Auggie apareció en pantalla.

—Hola, Chris —dijo.

—¿Qué tal, Aug? —pregunté.

—Cuánto tiempo...

—Sí —contesté.

Entonces nos pusimos a hablar de otra cosa, sobre algo de una guerra en su colegio. ¿Jack Will? No me estaba enterando muy bien de lo que me decía, porque Jake y Tyler me estaban distrayendo. Habían empezado a darse codazos, con la boca abierta, medio riéndose, en cuanto Auggie había aparecido en pantalla. Sabía que le habían visto la cara. Me fui a la otra punta de la habitación con el portátil.

—Hummm —susurré a Auggie, intentando dejar de escuchar lo que se

cuchicheaban Jake y Tyler, aunque no pude evitar oír algunas cosas.

«¿Has visto eso?»

«¿Era una máscara?»

«¿... consecuencia de un incendio?»

—¿Hay alguien más contigo? —preguntó Auggie.

Debió de darse cuenta de que en realidad no le estaba prestando atención.

—¡Callaos, chicos! —les ordené a mis amigos.

Eso les hizo reírse. Estaban intentando ver la pantalla del portátil más de cerca.

—Sí, estoy con unos amigos —mascullé rápidamente, y me fui a otro extremo de la habitación.

—¡Hola, amigo de Chris! —saludó Jake, que me estaba siguiendo.

—¿Nos presentas a tu amigo? —preguntó Tyler en voz alta para que Auggie lo oyese.

—¡No! —contesté negando con la cabeza.

—¡Vale! —convino Auggie desde el otro lado de la pantalla.

Inmediatamente, Jake y Tyler se me pusieron uno a cada lado para que los tres quedásemos frente a la pantalla y pudiésemos verle la cara a Auggie.

—¡Hola! —saludó Auggie.

Yo sabía que estaba sonriendo, pero a veces, para la gente que no lo conocía, su sonrisa no parecía una sonrisa.

—Hola —contestaron Jake y Tyler en voz baja, asintiendo educadamente.

Me di cuenta de que ya no se reían.

—Estos son mis amigos Jake y Tyler —le dije a Auggie, señalando primero a

uno y luego al otro con el pulgar—. Él es Auggie, de mi antiguo barrio.

—Hola —dijo Auggie saludando con la mano.

—Hola —contestaron Jake y Tyler sin mirarlo a la cara.

—Bueno —dijo Auggie asintiendo torpemente—. Bueno, ¿qué estáis haciendo?

—Estábamos encendiendo la Xbox —contesté.

—¡Ah, guay! —exclamó Auggie—. ¿Qué juego?

—*House of Asterion*.

—Mola. ¿En qué nivel estás?

—Eh... No estoy muy seguro —contesté rascándome la cabeza—. Creo que en el segundo laberinto.

—Ah, ese es difícil —dijo Auggie—. Yo casi he abierto el Tártaro.

—Guay.

Con el rabillo del ojo vi que Jake estaba dándole codazos a Tyler detrás de mí.

—Sí, bueno —dije—. Creo que vamos a ponernos a jugar ya.

—¡Ah! —contestó Auggie—. Claro. ¡Buena suerte con el segundo laberinto!

—Vale. Adiós —me despedí—. Espero que se solucione eso de la guerra.

—Gracias. Encantado de conoceros, chicos —añadió Auggie educadamente.

—¡Adiós, Auggie! —se despedió Jake con una sonrisita burlona.

Tyler se echó a reír, así que lo aparté de un codazo para que no apareciese en la pantalla.

—Adiós —se despedió Auggie, pero noté que los había visto reírse. Auggie siempre se daba cuenta de esas cosas, incluso cuando hacía como que no se daba cuenta.

Cerré la ventana de conversación, e inmediatamente Jake y Tyler soltaron una carcajada.

—Pero ¿qué narices hacéis? —les pregunté, molesto.

—¡Eh, tío! —dijo Jake—. ¿Qué le pasa a ese chaval?

—No había visto nada tan feo en toda mi vida —añadió Tyler.

—¡Eh! —contesté a la defensiva—. Venga ya.

—¿Le pasó en un incendio? —preguntó Jake.

—No, nació así —expliqué—. No puede evitar tener ese aspecto. Es una enfermedad.

—Espera, ¿es contagioso? —preguntó Tyler fingiendo miedo.

—Anda ya —contesté negando con la cabeza.

—¿Y eres amigo suyo? —preguntó Tyler mirándome como si fuese un marciano—. ¡Hala, tío! —añadió entre risas.

—¿Qué? —pregunté muy serio.

Abrió mucho los ojos y se encogió de hombros.

—Nada, tío. Si yo no digo nada.

Vi que miraba a Jake, que frunció los labios como un pez. Se hizo un incómodo silencio.

—Jugamos, ¿sí o no? —pregunté al cabo de unos segundos, cogiendo uno de los mandos.

Nos pusimos a jugar, pero no me lo pasé bien. Estaba de malhumor, y ellos siguieron haciendo el tonto. Me resultó muy molesto.

Cuando se fueron, pensé en Zack y en Alex, y en cómo habían pasado de quedar con Auggie hace años.

Aunque haya pasado mucho tiempo, a veces todavía me resulta difícil ser

amigo de Auggie.

Las 20.22 h

Mi padre entró en casa empujando la silla de ruedas, donde iba sentada mamá. Yo me dejé caer en el sofá delante del televisor con mi Happy Meal de McDonald's a medio comer. Lo encendí con el mando.

—Espera —dijo mi padre sacudiendo el paraguas—. Pensaba que tenías deberes.

—Solo quiero ver lo que queda de *El Gran Reto* mientras como —contesté—. Haré los deberes cuando termine.

—¿Puede? —le preguntó mi padre a mi madre.

—¡Si está a punto de terminar, mamá! —le supliqué a mi madre—. ¡Por favor!

—Pero tienes que ponerte a hacer los deberes en cuanto termine el programa —contestó, aunque se notaba que no me estaba prestando mucha atención. Estaba mirando la escalera que subía a la primera planta mientras negaba lentamente con la cabeza—. ¿Cómo voy a hacerlo, Angus? —le preguntó a mi padre. Parecía muy cansada.

—Para eso estoy yo aquí —contestó mi padre. Giró la silla de ruedas hacia él, metió las manos por debajo de mi madre, le pasó el otro brazo por detrás de la espalda y la levantó de la silla de ruedas. Eso hizo que mi madre chillase entre risas.

—¡Hala, papá! ¡Qué fuerte eres! —dije, y me metí una patata frita en la boca mientras los miraba—. Deberíais participar en *El Gran Reto*. Salen un montón de parejas divorciadas.

Mi padre empezó a subir por la escalera con mamá en brazos. Los dos se echaron a reír al chocarse contra la barandilla y la pared mientras subían. Resultaba agradable verlos así. La última vez que habíamos estado todos juntos, no pararon de gritarse el uno al otro.

Me di media vuelta y vi el resto del programa. Justo cuando Phil, el presentador, le decía a la última pareja en llegar al punto de control que habían quedado eliminados, me sonó el móvil.

Era un mensaje de texto de Elijah.

«Hola, Chris. los chicos y yo hemos decidido dejar el grupo extraescolar. montamos otro grupo. vamos a tocar 7NationArmy el miércoles.»

Volví a leer el mensaje. Estaba estupefacto. ¿Iban a dejar el grupo? ¿De verdad podían hacerlo? John se pondría hecho una furia cuando viera que ninguno de ellos se presentaba al ensayo al día siguiente. ¿Qué suponía eso para el grupo de rock extraescolar? ¿John y yo tendríamos que tocar solos «The Final Countdown»? ¡Eso sería horrible!

Entonces me llegó otro mensaje.

«¿quieres unirme a nuestro grupo? te queremos en el grupo. pero a john NO. NI HABLAR. es lo peor. mañana por la tarde ensayamos en mi casa. tráete la guitarra.»

Entonces bajó mi padre.

—Tienes que hacer los deberes, Chris —dijo en voz baja, pero cuando vio mi cara me preguntó—: ¿Qué te pasa?

—Nada —contesté bloqueando el móvil. Estaba en estado de shock. ¿Querían que me uniese a su grupo?—. Acabo de acordarme de que tengo que ensayar para el concierto de primavera.

—Está bien, pero tiene que ser muy bajito —advirtió mi padre—. Mamá está durmiendo como un tronco y tenemos que dejarla descansar, ¿de acuerdo? No hagas mucho ruido al subir por la escalera. Si necesitas algo, estaré en el cuarto de invitados.

—Espera, ¿te quedas a dormir? —pregunté.

—Me quedaré unos días —contestó—. Hasta que mamá pueda arreglárselas sola.

Volvió a subir por la escalera con las muletas que le habían dado a mi madre en el hospital.

—¿Puedes imprimirme los acordes de «Seven Nation Army»? —pregunté—. Tengo que aprendérmelos para mañana.

—Claro —respondió desde el rellano—. ¡Pero recuerda que tienes que tocar

bajito!

North River Heights

Nuestra nueva casa es mucho más grande que la antigua de North River Heights. La antigua en realidad era una casa adosada de la cual solo ocupábamos la planta baja. Teníamos un solo cuarto de baño y un jardín diminuto, pero me encantaba nuestro apartamento. Y también nuestro edificio. Al mudarnos, echaba de menos poder ir andando a todas partes. Hasta echaba de menos los ginkgos. Si no sabéis qué árboles son los ginkgos, son esos que sueltan unos pequeños frutos blandos que, cuando los pisas, huelen a caca de perro mezclada con meado de gato y residuos tóxicos. Auggie decía que olían a vómito de orco, y a mí eso siempre me había hecho gracia. El caso es que de nuestro antiguo vecindario lo echaba de menos todo, incluidos los ginkgos.

Cuando vivíamos en North River Heights, mi madre tenía una pequeña floristería en la avenida Amesfort llamada Earth Laughs in Flowers. Trabajaba muchas horas, por eso contrataron a Lourdes para que cuidase de mí. Esa era otra de las cosas que echaba de menos: Lourdes. Echaba de menos sus empanadas. Echaba de menos cómo me llamaba «papi». Pero al mudarnos a Bridgeport ya no necesitamos más a Lourdes, porque mi madre vendió la floristería y dejó de trabajar todo el día. Ahora mi madre me recoge en el colegio de lunes a miércoles. El jueves por la noche me recoge en casa de John y me deja en casa de mi padre, que es donde me quedo hasta el domingo.

Cuando vivíamos en North River Heights, mi padre llegaba a casa a eso de las siete de la tarde, pero ahora nunca llega antes de las nueve porque tiene que hacer un largo camino de vuelta en tren desde la ciudad. En un principio, solo iba a tratarse de algo temporal, porque a mi padre iban a trasladarlo a una oficina de Connecticut, pero han pasado tres años y aún tiene su antiguo trabajo en Manhattan. Antes mis padres discutían mucho por eso.

Los viernes mi padre sale pronto de trabajar para poder ir a recogerme al colegio. Normalmente pedimos comida china para cenar, improvisamos un poco los dos juntos con nuestras guitarras y vemos una peli. A mamá le molesta que mi padre no me obligue a hacer los deberes durante el fin de semana cuando estoy con él, así que cuando vuelvo a casa el domingo por la noche siempre me pongo en plan cascarrabias y discuto con ella porque tengo que acabar los deberes. Ese fin de semana, por ejemplo, tendría que haber estudiado para el examen de mates, pero mi padre y yo nos fuimos a jugar a los bolos y no encontré el momento de ponerme a hacerlo. Culpa mía.

Al final me acabé acostumbrando a la casa nueva de Bridgeport. Y a mis nuevos amigos. Y a Luke el hámster, que no es un perro. Pero lo que más echaba de menos de North River Heights era que por aquel entonces mis padres parecían unidos.

Mi padre se fue de casa el verano pasado. Mis padres llevaban un tiempo discutiendo mucho, pero no sé por qué se fue en verano. Un buen día, sin esperármelo, me dijeron que iban a separarse. Necesitaban «estar un tiempo separados» para saber si querían seguir viviendo juntos. Me dijeron que aquello no tenía nada que ver conmigo, y que los dos seguirían queriéndome y viéndome tanto como antes. Dijeron que aún se querían, pero que a veces los matrimonios son como las amistades cuando las pones a prueba, y que la gente tiene que solucionar las cosas.

«Por los buenos amigos vale la pena hacer un esfuerzo adicional», recuerdo haberles dicho.

Creo que mi madre ni siquiera recordó que ella misma había sido quien me había dicho esas palabras un buen día.

Las 21.56 h

Estuve escuchando «Seven Nation Army» mientras hacía los deberes. Intenté no pensar demasiado en cómo reaccionaría John al día siguiente cuando le dijese que iba a unirme al otro grupo. Quiero decir que ni siquiera me planteaba que tuviese elección. Si me quedaba en el grupo de extraescolar, John y yo acabaríamos tocando «The Final Countdown» en el concierto de primavera, con el señor B a la batería, y pareceríamos los memos más memos del mundo. No éramos lo bastante buenos para tocar solos. Recordé a Harry intentando contener la risa al escuchar a John tocar el solo de guitarra. Si tocábamos únicamente nosotros dos, sería el público entero el que intentaría contener la risa.

Lo que no conseguía imaginarme era qué haría John cuando se enterase. Cualquier persona en su sano juicio se olvidaría de la posibilidad de tocar en el concierto de primavera del miércoles, pero, conociendo a John, me habría jugado cualquier cosa a que tocaría «The Final Countdown». En ese sentido, le daba igual hacer el ridículo. Me lo imaginaba cantando a grito pelado, tocando la guitarra, con el señor Bowles tocando el teclado detrás de él. «¡Señoras y señores, el grupo de rock extraescolar!» La gente ya se encargaría de que no lo olvidase nunca.

Me costó mucho concentrarme en los deberes, así que tardé más de la cuenta. No me puse a estudiar para el examen de mates hasta casi las diez. Entonces recordé que en mates era hombre muerto. Me había esperado al último momento para estudiar y no entendía nada.

Mi padre estaba en la cama trabajando con el portátil cuando abrí la puerta del cuarto de invitados. Llevaba en las manos el libro de texto de mates de quinto, que pesaba un montón.

—Hey, papá.

—¿Aún no te has acostado? —preguntó mirándome por encima de las gafas de leer.

—Necesito que me ayudes a estudiar para el examen de mates de mañana.

Miró el reloj que había en la mesita de noche.

—Un poco tarde para darte cuenta, ¿no?

—Tenía muchos deberes —contesté—. Y tenía que aprenderme la nueva

canción para el concierto de primavera, que es pasado mañana. Son muchas cosas, papá.

Asintió con la cabeza. Dejó el portátil a un lado y dio una palmadita en la cama para que me sentase junto a él. Me senté y abrí el libro por la página 151.

—Pues... me cuesta entender los problemas —admití.

—Genial. ¡Los problemas se me dan muy bien! —contestó sonriendo—. Dispara.

Me puse a leer del libro.

—Jill quiere comprar miel en el mercado. En un puesto venden un tarro de un kilo por 3,12 dólares, y en otro puesto venden un tarro de medio kilo por 2,40. ¿Cuál le sale más barato y cuánto dinero por kilo se ahorra Jill al comprarlo?

Dejé el libro y miré a mi padre, que me devolvió la mirada como si no hubiese entendido nada.

—Vale, eh... —dijo rascándose la oreja—. A ver, era un kilo por... ¿cuánto? Voy a necesitar un trozo de papel. ¿Me pasas mi cuaderno?

Me estiré hasta la otra punta de la cama y le pasé el cuaderno. Se puso a garabatear algo, me pidió que le repitiese la pregunta y volvió a garabatear.

—Vale. Vale, eh... —titubeó dándole la vuelta al cuaderno para que viese los números que había garabateado—. Primero tienes que dividir los números para averiguar a cuánto sale el kilo y luego...

—Espera, espera —contesté negando con la cabeza—. Esa es la parte que no entiendo. ¿Cuándo sabes que tienes que dividir? ¿Qué es lo que necesitas saber? ¿Cómo lo sabes?

Se quedó mirando lo que había garabateado en su cuaderno, como si la respuesta estuviese escondida allí mismo.

—¿Me dejas ver la pregunta? —dijo. Se recolocó las gafas de leer y miró hacia donde yo le señalaba en el libro—. Vale. A ver... sabes que tienes que dividir porque... eh... porque quieres averiguar cuál es el precio por kilo... porque lo pone aquí —añadió señalando el problema.

Miré rápidamente a donde me señalaba, pero negué con la cabeza.

—No lo entiendo.

—Mira, Chris. Lo pone aquí. Pregunta cuánto cuesta el kilo.

Volví a negar con la cabeza.

—¡No lo entiendo! —casi grité—. No soporto las mates. Se me dan fatal.

—No es verdad, Chris —contestó con calma—. Solo tienes que respirar hondo y...

—¡No! Tú no lo entiendes —exclamé—. ¡Es que no lo pillo!

—Y por eso mismo estoy intentando explicártelo.

—¿Puedo preguntárselo a mamá?

Se quitó las gafas y se frotó los ojos con la muñeca.

—Chris, está durmiendo. Esta noche deberíamos dejarla descansar —contestó muy despacio—. Seguro que podremos encontrar la solución nosotros solos.

Empecé a meterme los nudillos en los ojos y mi padre me apartó las manos de la cara con cuidado.

—¿Por qué no llamas a uno de tus amigos del colegio? A John, por ejemplo.

—¡Está en cuarto! —grité, impaciente.

—Vale. Pues a otro —respondió.

—¡No! —dije negando con la cabeza—. No puedo llamar a nadie. No soy tan amigo de nadie este curso. Quiero decir que mis amigos de verdad no están en la misma clase de mates que yo. Y no conozco demasiado bien a los que están en mi clase de mates.

—Pues llama a tus otros amigos, Chris —repuso mi padre, e hizo ademán de coger su móvil—. ¿Qué me dices de Elijah y de los otros chicos del grupo? Seguro que ellos habrán tenido esa asignatura.

—¡No, papá! ¡Uf! —Me tapé la cara con las manos—. Voy a suspender el examen. No lo entiendo. Soy incapaz de entenderlo.

—Venga, tranquilízate —susurró—. ¿Y Auggie? Él es un genio de las mates, ¿no?

—¡Déjalo! —contesté negando con la cabeza. Le quité el libro de texto—. ¡Ya lo averiguaré yo solo!

—Christopher —dijo.

—No pasa nada, papá —respondí—. Ya se me ocurrirá la solución. O le escribiré un mensaje a alguien. No pasa nada.

—¿Y ya está?

—No pasa nada, papá. —Cerré el libro y me levanté.

—Siento no haber podido ayudarte —contestó. Por un segundo, sentí pena por él. Parecía derrotado—. A ver, creo que podemos encontrar la solución juntos si me das otra oportunidad.

—¡No, no pasa nada! —exclamé mientras caminaba hacia la puerta.

—Buenas noches, Chris.

—Buenas noches, papá.

Fui a mi habitación, me senté a la mesa y volví a abrir el libro por la página 151. Intenté leer otra vez el problema, pero lo único que oía en mi cabeza era la letra de «Seven Nation Army» y, a decir verdad, tampoco le encontraba el sentido.

Por más que mirara el problema, no se me ocurría ninguna solución.

Plutón

Unas semanas antes de mudarnos a Bridgeport, los padres de Auggie fueron a nuestra casa para ayudar a mis padres a embalarlo todo para la mudanza. Teníamos la casa llena de cajas.

Auggie y yo estábamos lanzando dardos de juguete en el salón y hacíamos como que las cajas eran alienígenas enemigos en Plutón. De vez en cuando, uno de nuestros dardos alcanzaba a Via, que estaba intentando leer un libro en el sofá. Bueno, está bien, lo hacíamos más o menos a propósito.

—¡Basta! —gritó por fin cuando uno de mis dardos pasó silbando junto a su libro—. ¡Mamá!

Pero Isabel y Nate estaban en la otra punta de la casa con mis padres, porque habían hecho una pausa para tomar café en la cocina.

—¿Podéis hacer el favor de parar? —nos advirtió Via, muy seria.

Asentí, pero Auggie le disparó otro dardo al libro.

—Ese es un dardo de pedo —anunció Auggie, y los dos nos desternillamos de risa.

Via estaba muy enfadada.

—Sois un par de frikis —comentó negando con la cabeza—. Mira que jugar a *Star Wars*.

—¡No es *Star Wars*, es Plutón! —contestó Auggie apuntándola con la pistola de dardos.

—Ni siquiera es un planeta de verdad —repuso ella, y abrió el libro para ponerse a leer.

Auggie le disparó otro dardo al libro.

—Pero ¿qué dices? Sí que lo es.

—Para, Auggie, o te juro que...

Auggie bajó la pistola de dardos.

—Sí que lo es —repitió.

—No —contestó Via—. Antes era un planeta. ¡No me puedo creer que dos cerebritos como vosotros no lo sepáis, con todos los vídeos del espacio que habéis visto!

Auggie esperó un poco para contestar, como si estuviese procesando lo que Via acababa de decir.

—¡«Mi Vieja Tía Marta Jamás Supo Usar Pala»! Así es como decía mamá que la gente recordaba los planetas del sistema solar.

—¡«Mi Vieja Tía Marta Jamás Supo Usar Nada»! —rectificó Via—. Buscadlo y veréis como tengo razón —añadió, y se puso a buscarlo en el móvil.

Era posible que en los libros de ciencias que habíamos leído y en los vídeos que habíamos visto nos hubiésemos encontrado con aquella información, pero supongo que no habíamos llegado a entender qué significaba. Aún éramos muy pequeños cuando estábamos en nuestra fase espacial. Apenas sabíamos leer.

Via se puso a leer del móvil en voz alta:

—De la Wikipedia: «La Unión Astronómica Internacional entendió que Plutón es tan solo uno más de varios cuerpos helados de un tamaño considerable en el sistema solar exterior y eso le hizo definir formalmente el concepto de “planeta” en 2006. Esa definición excluyó a Plutón y lo clasificó dentro de la nueva categoría de “planeta enano” (en concreto como un plutoide)». ¿Hace falta que siga? En resumen, consideraron que Plutón era demasiado insignificante para ser un planeta de verdad. ¿Lo veis? Tenía razón.

Auggie parecía muy alterado.

—¡Mamá! —gritó.

—No es para tanto, Auggie —dijo Via al ver el disgusto que se había llevado.

—¡Claro que sí! —exclamó él, y echó a correr por el pasillo.

Via y yo lo seguimos hasta la cocina, donde estaban nuestros padres sentados

alrededor de la mesa. Sobre esta había unos panecillos y queso para untar.

—¡Me dijiste que era «Mi Vieja Tía Marta Jamás Supo Usar Pala»! —le espetó Auggie a Isabel.

A Isabel casi se le derramó el café.

—¿Cómo...?

—¿Por qué le das tanta importancia, Auggie? —la interrumpió Via.

—¿Qué pasa, chicos? —preguntó Isabel mirando primero a Auggie y luego a Via.

—¡Es que tiene mucha importancia! —gritó Auggie a voz en cuello. Gritó tan alto y de manera tan inesperada que todos los presentes nos miramos unos a otros.

—Tranquilo, Auggie —susurró Nate apoyando una mano en su hombro, pero Auggie se apartó.

—¡Me dijiste que Plutón era uno de los nueve planetas! —le gritó Auggie a Isabel—. ¡Me dijiste que era el planeta más pequeño del sistema solar!

—Y así es, cielo —contestó Isabel, intentando que se calmase.

—No lo es, mamá —explicó Via—. En 2006 cambiaron de categoría a Plutón. Ya no está considerado uno de los nueve planetas del sistema solar.

Isabel miró a Via y parpadeó. Acto seguido, miró a Nate.

—¿En serio?

—Yo sí lo sabía —contestó Nate muy serio—. Hace unos años hicieron lo mismo con Goofy-ón.

Todos los adultos soltaron una carcajada.

—¡Papá, no tiene gracia! —gritó Auggie. Y entonces, sin que nadie se lo esperase, se echó a llorar a lágrima viva.

Nadie entendía lo que estaba pasando. Isabel abrazó a Auggie y él se puso a

sollozar contra su cuello.

—Auggie, Canito —dijo Nate acariciándole la espalda—. ¿Qué ha pasado?

—Via, ¿qué ha pasado? —preguntó Isabel con dureza.

—¡No tengo ni idea! —repuso Via abriendo los ojos de par en par—. ¡Yo no he hecho nada!

—¡Algo habrá pasado! —exclamó Isabel.

—Chris, ¿sabes por qué está tan disgustado Auggie? —me preguntó mi madre.

—Por lo de Plutón —respondí.

—¿Y qué significa eso? —preguntó mi madre.

Me encogí de hombros. Entendía por qué estaba tan disgustado, pero no sabía explicarlo con palabras.

—Me dijiste... que era... un planeta... —dijo por fin Auggie entrecortadamente. En circunstancias normales, a veces no era fácil entender lo que decía Auggie. Y en pleno ataque de llanto, era aún más difícil.

—¿Cómo dices, cariño? —susurró Isabel.

—Me dijiste... que era... un planeta —repitió Auggie mirándola.

—Y pensaba que lo era, Auggie —contestó enjugándole las lágrimas con la punta de los dedos—. No sé, cariño. No soy profesora de ciencias. Cuando yo era pequeña había nueve planetas. No se me había ocurrido pensar que algo así podía cambiar.

Nate se arrodilló a su lado.

—Pero, Auggie, aunque ya no se considere un planeta, no entiendo por qué te disgusta tanto.

Auggie miró al suelo, pero yo sabía que no podía explicar sus lágrimas plutonianas.

Las 22.28 h

A eso de las diez y media estaba desesperado con el examen de mates del día siguiente. Le había escrito un mensaje de texto a Jake, que iba a mi clase de mates, y también les había escrito por Facebook a unos cuantos chicos. Cuando sonó mi móvil, di por hecho que sería alguno de ellos, pero no. Era Auggie.

«Hola, Chris. Acabo de enterarme de que tu madre ha estado en el hospital. Lo siento, espero que esté bien.»

No me podía creer que estuviese escribiéndome un mensaje justo cuando había estado acordándome de él. Me había leído el pensamiento.

«Hola, Aug. Gracias. Está bien. Se ha roto el fémur. Lleva una buena escayola», le contesté.

Me envió un emoticono de una cara triste.

«Mi padre ha tenido que subirla por la escalera! Iban dándose golpes contra la pared», escribí.

«Ja,ja», contestó, y me envió un icono de una cara riéndose.

«Iba a llamarte hoy para decirte que siento lo de Daisy. :((((«», escribí.

«Ya. Gracias.» Puso un montón de emoticonos con una cara llorando.

«Te acuerdas de las Aventuras Galácticas de Darth Daisy?», escribí.

Era una tira cómica que dibujábamos entre los dos sobre dos astronautas llamados Gleebo y Tom que vivían en Plutón y tenían una perra llamada Darth Daisy.

«Ja,ja. Sí, comandante Gleebo.»

«Comandante Tom.»

«Los buenos tiempos», contestó.

«Daisy era la MEJOR PERRA DEL UNIVERSO!», escribí tecleando enérgicamente, y sonreí.

Me envió una foto de Daisy. Hacía mucho tiempo que no la veía. En la foto tenía la cara totalmente blanca y los ojos empañados. Pero seguía teniendo la nariz rosada, y la lengua, superlarga, le colgaba de un lado de la boca.

«Qué guapa! Daisy!!!!!!», escribí.

«DARTH Daisy!!!!!!!!!!!!!!»

«Ja,ja. Chúpate esa, Via!», contesté.

«Te acuerdas de los dardos de pedos?»

«Jajajajaja.» Estaba sonriendo. La verdad es que aquel rato estaba siendo el mejor del día. «Entonces aún estábamos en la fase de Plutón. Ya estábamos en la fase Star Wars?»

«Estábamos empezando. Aún tienes todas tus miniaturas?»

«Sí, pero algunas las he guardado. Gleebo, mi madre dice que tengo que acostarme. Me alegro de que tu madre esté bien.»

Asentí. En aquel momento no podía pedirle ayuda con las mates. Habría quedado fatal. Me senté en el borde de la cama y empecé a responder a su mensaje.

Antes de que me diese tiempo a terminar, me escribió otro:

«Mi madre quiere hablar contigo por FaceChat. Estás disponible?».

«Claro», dije levantándome.

Dos segundos después, recibí una petición para hablar por FaceChat y vi a Isabel en el móvil.

—Hola, Isabel —saludé.

—¡Hola, Chris! —contestó. Vi que estaba en la cocina—. ¿Cómo estás? Antes he hablado con tu madre. Quería asegurarme de que habíais llegado bien a casa.

—Sí, claro que sí.

—¿Y ella está bien? No quería despertarla si estaba durmiendo.

—Sí, está durmiendo —contesté.

—Bien. Necesita descansar. ¡Menuda escayola lleva!

—Mi padre se queda a dormir esta noche.

—¡Genial! —contestó muy contenta—. Me alegro mucho. ¿Cómo te va, Chris?

—Bien.

—¿Y en el colegio?

—Bien.

Isabel sonrió.

—Lisa me ha dicho que hoy le has regalado unas flores muy bonitas.

—Sí —respondí sonriendo y asintiendo.

—Muy bien. Bueno, solo quería saludarte y ver cómo estabas, Chris. Quiero que sepas que podéis contar con nosotros si necesitáis cualquier cosa...

—Siento lo de Daisy —le espeté.

Isabel asintió.

—Oh. Gracias, Chris.

—Debéis de estar muy tristes.

—Sí, es triste. Su presencia era muy importante en casa. Bueno, ya lo sabes. Tú estabas aquí el día que la trajimos, ¿te acuerdas?

—¡Estaba superflaca! —exclamé. Estaba sonriendo, pero, de pronto, me tembló un poco la voz.

—¡Con esa lengua tan larga que tenía! —contestó entre risas.

Asentí. Se me hizo un nudo en la garganta, como si estuviese a punto de llorar.

Isabel me miró atentamente.

—Ay, cielo. No pasa nada —dijo en voz baja.

La madre de Auggie siempre había sido como una segunda madre para mí. Sin contar a mis padres, y puede que a mi abuela, Isabel Pullman me conocía mejor que nadie.

—Ya lo sé —susurré. Seguía sonriendo, pero me temblaba la barbilla.

—Cielo, ¿dónde está tu padre? —preguntó—. ¿Puedes decirle que se ponga?

Me encogí de hombros.

—Creo... que ya estará durmiendo.

—Seguro que no le importa que lo despiertes —contestó en voz baja—. Llámalo. Yo no cuelgo.

Auggie se coló en la imagen de la pantalla.

—¿Qué pasa, Chris? —preguntó.

Negué con la cabeza e intenté contener las lágrimas. No podía hablar. Sabía que si hablaba me echaría a llorar.

—Christopher —dijo Isabel acercándose a la pantalla—, tu madre va a ponerse bien, cielo.

—Ya lo sé —contesté con voz temblorosa, pero entonces exploté—. Pero ¡estaba en el coche por mi culpa! ¡Porque se me había olvidado el trombón! ¡Si no se me hubiese olvidado nada, ella no habría tenido un accidente! ¡Ha sido culpa mía, Isabel! ¡Ahora podría estar muerta!

Todo esto lo solté confusamente entre sollozos.

Las 22.52 h

Isabel puso a Auggie al teléfono mientras ella llamaba al móvil de mi padre para contarle que estaba llorando como un histérico en mi habitación. Un minuto después, mi padre entró en mi habitación y le colgué a Auggie. Mi padre me abrazó con fuerza.

—Chris.

—¡Ha sido culpa mía, papá! Yo he tenido la culpa de que estuviera conduciendo.

Se soltó de mi abrazo y me miró a la cara.

—Mírame, Chris —me ordenó—. No ha sido culpa tuya.

—Iba de vuelta al colegio con mis cosas —contesté sorbiéndome la nariz—. Yo le metí prisa. Seguro que iba más rápido de la cuenta.

—No es verdad, Chris. Te lo prometo. Lo que ha pasado hoy ha sido un accidente. Nadie tiene la culpa. Ha sido una triste coincidencia, ¿de acuerdo?

Miré para otro lado.

—¿De acuerdo? —repitió.

Asentí con la cabeza.

—Y lo más importante de todo es que nadie ha salido gravemente herido. Mamá está bien, ¿de acuerdo, Chris?

Me enjugó las lágrimas mientras yo asentía.

—No paraba de llamarla Lisa —expliqué—. No soporta que la llame así. Lo último que ha dicho ha sido: «¡Te quiero!», y yo le he contestado: «Adiós, Lisa». ¡Y ni siquiera me he vuelto para mirarla!

Mi padre carraspeó.

—Chris, no te tortures, por favor —susurró muy despacio—. Mamá sabe que la quieres mucho. Lo que ha pasado hoy es terrible. Es normal que te sientas

disgustado. Cuando uno se lleva un susto de estos, es como una llamada de atención, ¿sabes? Nos hace replantearnos cuáles son las cosas verdaderamente importantes en esta vida. Nuestra familia. Nuestros amigos. La gente a la que queremos. —Me miraba mientras hablaba, pero era como si estuviese hablando solo. Tenía los ojos húmedos—. Está bien, y debemos dar gracias por eso, ¿de acuerdo, Chris? Vamos a cuidarla muy bien los dos juntos, ¿eh?

Asentí, pero no intenté decir nada, porque sabía que solo conseguiría llorar más.

Papá me abrazó, pero tampoco dijo nada, quizá por el mismo motivo que yo.

Las 22.59 h

Cuando mi padre consiguió que me calmase un poco, llamó a Isabel para decirle que todo estaba en orden. Hablaron durante un rato y luego mi padre me pasó el teléfono.

Era Auggie.

—Oye, tu padre le ha dicho a mi madre que necesitas un poco de ayuda con las mates —dijo.

—Sí —contesté tímidamente, y me soné la nariz—. Pero es muy tarde. ¿No tienes que acostarte?

—A mi madre le parece bien que te eche una mano. Vamos a hablar por FaceChat.

Dos segundos después, Auggie estaba en la pantalla.

—Me cuesta mucho entender los problemas —expliqué mientras abría el libro de texto—. Es que... no sé qué operación hay que hacer. No sé cuándo hay que multiplicar y cuándo hay que dividir. Es un lío.

—Ah, eso —contestó asintiendo con la cabeza—. Sí, a mí también me costó entender eso. ¿Has memorizado las palabras clave? A mí eso me ayudó mucho.

No sabía de qué me estaba hablando.

—Te voy a enviar un pdf —añadió.

Unos segundos después, imprimí el pdf que me había enviado, que era una lista de un montón de palabras de mates.

—Si sabes qué palabras clave tienes que buscar en el problema —explicó Auggie—, sabrás qué operación hacer. Por ejemplo, «por» o «cada uno» o «equitativamente» significan que tienes que dividir. Y «a este ritmo» o «doble» significan que tienes que multiplicar. ¿Lo entiendes?

Repasó conmigo toda la lista de palabras, una por una, hasta que empezaron a tener sentido. Luego repasamos los problemas del libro. Empezamos por los problemas de ejemplo y resultó que tenía razón: en cuanto encontraba la palabra

clave en cada problema, sabía qué hacer. Supe hacer yo solo casi todos los problemas de la hoja de ejercicios, aunque los repasamos todos al terminar para estar seguros de que lo había pillado de verdad.

Las 23.46 h

Mis libros favoritos siempre han sido los de misterio. O sea, al principio del libro hay algo que no sabes, y al final del libro ya lo sabes. Y las pistas estaban ahí desde el principio, solo que no sabes interpretarlas. Así fue como me sentí después de hablar con Auggie. Como si se tratase de un misterio colosal que antes era incapaz de entender y que, de pronto, había quedado resuelto.

—No me puedo creer que por fin lo haya entendido —le dije al terminar el último problema—. Muchas gracias, Aug. En serio, gracias.

Sonrió y se acercó a la pantalla.

—No es nada —contestó.

—Te debo una.

Auggie se encogió de hombros.

—No es nada. Para eso están los amigos, ¿no?

—Sí —respondí asintiendo.

—Buenas noches, Chris. ¡Hablamos pronto!

—¡Buenas noches, Aug! ¡Gracias de nuevo! ¡Adiós!

Auggie colgó y yo cerré el libro de texto.

Fui al cuarto de invitados para decirle a mi padre que Auggie me había ayudado a entender los problemas de mates, pero no estaba. Llamé a la puerta del cuarto de baño, pero tampoco estaba allí. Entonces vi que la habitación de mi madre tenía la puerta abierta. Vi las piernas de mi padre estiradas en el sillón que hay junto al tocador. Desde el pasillo no le veía la cara, así que entré sin hacer ruido para decirle que había acabado de hablar con Auggie.

Entonces vi que se había quedado dormido en el sillón. Tenía la cabeza caída hacia un lado, las gafas descansaban en la punta de la nariz y tenía el portátil sobre las piernas.

Me acerqué al armario de puntillas, cogí una manta y se la puse por encima

de las piernas. Lo hice con mucho cuidado para no despertarlo. Cogí el ordenador y lo puse sobre el tocador.

Luego me acerqué al lado de la cama donde estaba durmiendo mi madre. Cuando era pequeño, mi madre solía quedarse dormida mientras me leía un cuento en la cama. Yo la despertaba de un codazo si se quedaba dormida antes de terminar el cuento, pero a veces ella no podía evitarlo. Se quedaba dormida a mi lado y yo escuchaba su respiración hasta que yo también me dormía.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la había visto dormida. Al mirarla, me pareció bastante pequeña. No recordaba el lunar de la mejilla. Nunca me había fijado en las pequeñas arrugas que se le formaban en la frente.

Me quedé mirando cómo respiraba durante unos segundos.

—Te quiero, mamá.

Pero no lo dije en voz alta, porque no quería despertarla.

Las 23.59 h

Eran casi las doce cuando volví a mi habitación. Todo estaba tal cual lo había dejado por la mañana. La cama seguía sin hacer y el pijama estaba arrugado en el suelo. La puerta del armario estaba abierta de par en par. Normalmente, mi madre adecentaba mi cuarto después de dejarme en el colegio por la mañana, pero ese día no había podido hacerlo.

Era como si hubiesen pasado varios días desde que mi madre me había despertado por la mañana.

Cerré la puerta del armario y vi el trombón apoyado contra la pared. ¡O sea, que no había tenido el accidente por ir a buscar mis cosas y llevármelas! No sé muy bien por qué, pero eso me hizo sentirme mucho mejor.

Dejé el trombón junto a la puerta de mi habitación para que no se me volviese a olvidar al día siguiente y guardé el trabajo de ciencias y los pantalones cortos en la mochila.

Entonces me senté a la mesa y contesté al mensaje de Elijah sin darle más vueltas.

«Hola, Elijah. Gracias por ofrecermme unirme a tu grupo, pero voy a tocar con John en el concierto de primavera. Buena suerte con “Seven Nation Army”.»

Aunque quedase como un auténtico memo en el concierto de primavera, no podía dejar tirado a John. Para eso están los amigos, ¿no? «It’s the final countdown!»

A veces no es fácil conservar una amistad.

Me puse el pijama, me cepillé los dientes y me acosté. Luego apagué la lámpara de la mesita de noche. Las estrellas del techo brillaron con un intenso color verde neón, como siempre después de apagar la luz.

Me di la vuelta y me quedé tumbado de lado. Me llamó la atención una pequeña luz verde con forma de estrella que había en el suelo. Era la estrella que mi madre me había pegado en la frente por la mañana y que yo había lanzado por los aires.

Me levanté, la cogí y me la pegué en la frente. Luego volví a acostarme y cerré los ojos.

Nos vamos juntos,

Pero aun así es una despedida.

Quizá volvamos

A la Tierra, quién sabe.

Supongo que nadie tiene la culpa.

Vamos a despegar.

¿Volverán las cosas a ser como antes?

Es la última cuenta atrás...

Mientras **R. J. Palacio** se dedicaba a diseñar preciosas cubiertas para cientos de autores, soñaba con escribir una novela algún día. Sin embargo, le parecía que nunca llegaba el momento hasta que se dio cuenta de que lo único que tenía que hacer era empezar. *WONDER. La lección de August* fue su primera novela y se convirtió en un fenómeno mundial que ya ha inspirado a más de un millón de personas.